

El regreso

Lynne Graham

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

EL REGRESO, Nº 1247 - julio 2012
Título original: Damiano's Return
Publicada originalmente por Mills & Boon, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2001

I.S.B.N.: 978-84-687-0688-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Edén estaba en el probador subiéndole el dobladillo de la falda a una clienta, cuando oyó la puerta de la tienda.

–Siempre tienes mucho trabajo –comentó la mujer–. Supongo que, hoy en día, ya no tenemos tiempo para hacer los arreglos en casa.

–Yo no me quejo –contestó Edén con una sonrisa. Puso el último alfiler en su sitio y se levantó. Medía un metro sesenta y cinco, era delgada y llevaba el pelo, rubio, retorcido hacia arriba y agarrado con un pasador. Los ojos, color verde claro, eran los protagonistas de su cara en forma de corazón.

Salió del probador y se encontró con que había dos hombres vestidos de traje con una mujer joven. Estaban hablando con Pam, su empleada, que era una mujer de mediana edad.

–Edén, te buscan –dijo Pam sin poder disimular su curiosidad.

–¿En qué los puedo ayudar? –preguntó Edén.

–¿Es usted Edén James? –confirmó el mayor de los dos hombres.

Consciente de la amabilidad con la que se estaban aproximando los tres y de la indefinible tensión que exudaban, Edén asintió despacio.

–¿Podríamos hablar en privado, señorita James?

Edén los miró con los ojos como platos.

–¿Quizás arriba, en su piso? –sugirió la mujer bruscamente.

Aquella mujer hablaba y tenía la apariencia de ser agente de policía. Edén se angustió. Normalmente, la policía se identificaba primero. Al darse cuenta de que sus dos empleadas y la clienta estaban pendientes de lo que ocurría, se puso roja y se apresuró a abrirles la puerta que comunicaba con la calle de atrás.

–¿Les importaría decirme qué está pasando? –les espetó una vez allí.

–Estamos intentando ser discretos –contestó uno de los hombres tendiéndole una placa–. Soy el superintendente Marshall y ella es la agente Leslie. Le presento también al señor Rodney Russell,

consejero especial del Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Le importaría que habláramos arriba?

Sin saber muy bien por qué, Edén reaccionó como un corderito ante aquella orden. ¿Qué querrían? ¿La policía? Y, además, un superintendente. ¿El Ministerio de Asuntos Exteriores? ¡El Ministerio de Asuntos Exteriores! Sintió un inmenso horror y, al intentar abrir la puerta, le temblaban las manos. ¡Damiano! Llevaba mucho tiempo esperando aquella visita, pero la había pillado completamente por sorpresa. ¿Cuándo había dejado de temer cada vez que sonaba el teléfono o que llamaban a la puerta? ¿Cuándo? La invadió un gran sentimiento de culpa.

–No pasa nada –apuntó la agente haciendo que Edén saliera del trance en el que se había sumido–. No hemos venido a darle malas noticias, señora Braganzi.

¿Señora Braganzi? Había dejado de utilizar aquel apellido cuando el acoso de la prensa había sido insoportable. Todos aquellos periodistas que querían saber qué se sentía al ser la mujer de un hombre importante que había desaparecido sin dejar rastro. Al negarse a hablar con ellos, los periódicos sensacionalistas se habían cebado con su persona.

¿No eran malas noticias? Edén parpadeó e intentó concentrarse en lo que tenía entre manos. ¿Cómo no iban a ser malas noticias después de cinco años? ¡Era imposible que fueran buenas! El sentido común se abrió paso en su mente e hizo que se tranquilizara un poco. Seguro que se trataba de otra visita de cortesía de las autoridades. Tenía que ser eso. Para asegurarle que el caso seguía abierto, aunque sin solución. Había pasado algún tiempo sin que fueran a hablar con ella cara a cara. Ella misma había dejado de llamarlos continuamente, de meterles prisa, de agobiarlos, de rogar histérica que hicieran algo. Con el tiempo, se había dado cuenta de que no estaba en su mano. Entonces, había dejado de tener esperanzas...

Después de todo, el hermano de Damiano, Nuncio, y su hermana, Cosetta, lo habían dado por muerto al mes de haber desaparecido. Damiano estaba en Montavia, una república suramericana, cuando se produjo un golpe de Estado. Damiano desapareció en la violencia callejera que había arrasado aquel día las calles de la capital. Había dejado el hotel y se había montado en

una limusina que lo tenía que haber llevado al aeropuerto, donde iba a tomar un vuelo a casa. Eso era lo último que sabían de él. El coche en el que iban los guardaespaldas se salió de la carretera como consecuencia de una explosión. Resultaron ilesos, pero habían perdido el vehículo y a Damiano. Él, la limusina y su chófer se habían evaporado.

La dictadura que se hizo con el poder no los ayudó especialmente en las pesquisas para encontrarlo. Para empeorar las cosas, se había desatado una guerra civil entre partidarios y contrarios de las fuerzas golpistas. Las autoridades, que tenían otras cosas en la cabeza y a las que poco importaba la desaparición de un extranjero, les habían dicho que durante la primera semana habían muerto y desaparecido muchas personas. No tenían pistas que seguir ni testigos. Tampoco había pruebas de que lo hubieran matado. Edén había vivido años atormentada por aquella falta de pruebas en uno u otro sentido.

–Por favor, señora Braganzi, siéntese –le indicó uno de ellos.

La policía siempre le decía a una persona que se sentara cuando le iban a dar una mala noticia, ¿no? ¿O solo ocurría en la televisión? Le resultaba imposible concentrarse y se sentía un poco molesta porque le dieran órdenes en su propia casa. Edén se sentó en una butaca y observó a los dos hombres que se habían sentado enfrente de ella, en el sofá. Edén frunció el ceño. Aquellos hombres parecían tensos, casi enfadados.

–La agente Leslie le ha dicho la verdad, señora Braganzi. No hemos venido a darle malas noticias sino todo lo contrario. Su marido está vivo –le dijo el superintendente con énfasis.

–Eso no es posible… –contestó Edén petrificada.

El otro hombre, Russell, el del Ministerio de Exteriores comenzó a hablar. Le recordó que, al principio, barajaron la posibilidad de un secuestro. Edén lo recordaba, pero había sido solo una posibilidad entre un millón.

–Su marido era… es –se apresuró a corregirse– un hombre rico e influyente de la banca internacional…

–Ha dicho usted que está vivo… –lo interrumpió Edén temblando. Los miró con ojo crítico. ¿Cómo se atrevían a darle falsas esperanzas?–. ¿Cómo es posible que esté vivo después de tantos años? Si está vivo, ¿dónde ha estado todo este tiempo? Se

han equivocado. Han cometido ustedes un error. ¡Un terrible error!

–Su marido está vivo, señora Braganzi –le repitió el superintendente–. Entiendo que enterarse, de repente, le produzca una gran conmoción, pero debe creernos. Su marido, Damiano Braganzi, está vivo y está bien.

Edén tembló, los miró y cerró los ojos. Quería creerlos, rezó con desesperación para que fuera cierto. «Por favor, que sea verdad, que sea verdad. Si es un sueño, no quiero despertarme...». Durante todos aquellos años, aquel sueño la había atormentado tantas veces...

–Su marido apareció en Brasil hace dos días –le dijo el consejero de Exteriores.

–Brasil... –repitió Edén.

–Estuvo más de cuatro años en la cárcel en Montavia y, cuando lo soltaron, tuvo el sentido común de irse del país silenciosamente.

–¿En la cárcel? –preguntó al joven sin poder creérselo–. ¿Damiano en la cárcel? ¿Por qué?

–El día en el que desapareció, lo secuestraron y lo llevaron a un campamento militar en el campo.

«¿A un campamento militar?», Edén frunció el ceño. Aquello no se lo esperaba.

–Por lo visto, unos días después, mientras la guerra civil azotaba la diminuta república, las fuerzas rebeldes atacaron el campamento y, en la batalla, Damiano recibió heridas graves en la cabeza. Los rebeldes lo encontraron y, al verlo herido, asumieron que era uno de los suyos. Su marido habla español. Gracias a eso y a su agilidad mental, se salvó. Lo curaron en un hospital de campaña en mitad de la selva. Se estaba empezando a recuperar cuando lo capturaron los soldados del gobierno y lo encarcelaron acusado de ser miembro de la guerrilla.

Damiano estaba vivo... ¡Damiano estaba vivo! Edén empezó a creer lo que le estaban contando, comenzó a albergar esperanzas, a pesar de que su sentido común le advertía que fuera con cautela. Intentó concentrarse, pero le resultaba muy difícil. Se sentía estúpida, boba, desconfiada.

–Supongo que se estará preguntando por qué no se identificó inmediatamente después de ser detenido –continuó Russell–. Se dio cuenta de que revelar su identidad sería como firmar su sentencia de muerte. Sabía que los que lo secuestraron al principio fueron

soldados leales a la dictadura de Montavia. Sabía que el secuestro había salido mal, pero tenía la certeza de que no lo querían con vida... –Edén parpadeó intentando enterarse de lo que le estaba contando el consejero de Exteriores. Se le había helado la sangre en las venas y se le estaba revolviendo el estómago. Habían secuestrado a Damiano, lo habían herido... sus peores pesadillas habían sido ciertas–. Al darse cuenta de que, si se enteraban de su verdadero nombre, estaría en gran peligro, su marido prefirió hacerse pasar por miembro de la guerrilla y cumplir la sentencia. Cuando lo dejaron libre, se dirigió a la frontera con Brasil y, desde allí, fue a casa de un empresario llamado Ramón Alcoverro...

–Ramón... –susurró Edén poniéndose los dedos en las sienes como para recordar–. Damiano fue a la universidad con alguien que se llamaba así.

–Dentro de aproximadamente una hora, su marido estará aterrizando en suelo inglés y quiere que los medios de comunicación no se enteren por el momento. Por eso, hemos querido hablar con usted de forma tan discreta.

Damiano vivo. Damiano volvía a casa. ¿A casa? Con su familia, claro, pero no con ella. Edén se quedó sentada, sintiendo una gran alegría y una inmensa angustia a la vez. Aquellos policías habían ido a darle la noticia porque, legalmente, seguían estando casados, pero Edén sabía que su matrimonio apenas existía cuando su marido desapareció. Damiano nunca la había querido. Se había casado con ella por despecho y se había arrepentido de ello.

¿Cuándo se había olvidado de eso? ¿Cuándo había empezado a vivir en un mundo irreal? Damiano no iba a volver con ella. Si las circunstancias no lo hubieran evitado, seguramente habría vuelto aquel día de hacía cinco años para pedirle el divorcio. ¿No era eso lo que había sugerido su hermano? Supuso que, después de la odisea que había vivido, Damiano estaría ansioso por recuperar su vida. Además, cuando se enterara de lo que había ocurrido en su ausencia, seguro que no intentaba siquiera contactar con ella personalmente, seguramente lo haría el abogado que llevara el divorcio.

–Señora Braganzi... Edén, ¿puedo llamarla Edén? –preguntó el superintendente.

–Su familia... los Braganzi, su hermano y su mujer, su hermana –

dijo Edén como atontada–. Debemos decírselo.

–Según tengo entendido, Ramón Alcoverro llamó a la familia de su marido y ellos se fueron inmediatamente para Brasil en su avión privado.

Edén se quedó helada ante aquella noticia. El poco color que le quedaba en la cara desapareció y se quedó completamente pálida. ¿La familia de Damiano se había ido sin decirle a ella nada, sin decirle que estaba vivo? Dejó caer la cabeza y sintió ganas de vomitar ante tanta crueldad.

–En ocasiones como esta, en las que las familias se han convertido en extrañas, uno puede reaccionar de forma muy rara, sin pensar –comentó el hombre mayor–. Nosotros nos enteramos cuando nuestra embajada en Brasil se puso en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Nos pidieron cierta información antes de hacerle el pasaporte a su marido para que pudiera volver a Inglaterra.

Edén seguía sin decir nada. Miraba la alfombra fijamente. Probablemente, Nuncio ya le habría contado a Damiano por qué no la habían llevado con ellos a buscarlo. ¡Aquellas terribles mentiras que los periódicos habían publicado tan solo tres meses después de su desaparición! Los groseros cotilleos y la deshonra que pudieron con ella e hicieron que se fuera de casa de los Braganzi para no volverse loca.

Rodney Russell siguió con la explicación.

–Su marido quiso saber por qué usted no había sido informada, él no sabe que su propia familia no nos ha facilitado la menor información.

–¿De verdad? –preguntó Edén perpleja.

–Damiano dejó muy claro que se moría por ver a su mujer –dijo el superintendente con una sonrisa.

–¿Damiano se muere por verme? –repitió con la certeza de que había oído mal.

–Va a aterrizar en Heathrow esta noche y, luego, un helicóptero lo traerá hasta aquí. Usted estará esperándolo. Obviamente, el objetivo es que no estén los medios de comunicación.

–¿Quiere verme? –dijo Edén con una risa casi histérica. Sacudió la cabeza y sintió las lágrimas que le quemaban los ojos.

Le hubiera gustado estar sola, pero tenía ante sí a unos extraños

que la miraban. Seguro que aquellos extraños sabían la farsa en la que se había convertido su matrimonio cuando Damiano desapareció. Debía tener presente que esa era la realidad. Nada era lo suficientemente sagrado como para no estar en algún informe. El comportamiento de la familia de Damiano hablaba a gritos.

Tras la desaparición de Damiano, tanto las autoridades británicas como las italianas habían realizado investigaciones. Los expertos financieros estuvieron mirando en el banco Braganzi en busca de pruebas de fraude, chantaje o cuentas secretas. Incluso habían investigado por si había vínculos entre Damiano y el crimen organizado. Por último, se habían centrado en la familia para ver si alguno de sus miembros había podido contratar a alguien para deshacerse de Damiano.

No habían dejado piedra sin remover. Tomaron testimonio a todo el mundo. No habían dudado en preguntar todo, hasta lo más personal y doloroso. Damiano era demasiado rico y poderoso como para desaparecer sin que la sospecha se cerniera sobre todos los que lo conocían. Nadie lo pasó tan mal como Edén, la esposa a la que sus parientes odiaban, a la que habían hecho centro de sus iras. Nuncio y Cosetta se habían cebado en ella como ratas hambrientas. Incluso la acusaron de que Damiano hubiera ido a Montavia.

–En este tipo de situaciones, solemos proporcionar ayuda psicológica y un tiempo de aislamiento para la víctima, pero su marido se ha negado en redondo –retomó Rodney Russell.

–Creo que Damiano dijo que prefería la cárcel al psicólogo –apuntó el superintendente con una sonrisa amarga.

Alguien dejó una taza de té ante ella.

–Está usted conmocionada –dijo la agente amablemente–, pero se va a reunir con su marido hoy mismo.

Al recordarlo, Edén se levantó de un brinco y se fue a su habitación. Cerró los ojos intentando mantener la compostura. Damiano estaba vivo; Damiano volvía a casa. ¿Con ella? Se recriminó por volver a pensar en algo que no podía ser. No debía engañarse. Si Damiano quería volver con ella, ella estaría de acuerdo. Naturalmente, obviamente. ¡De hecho, si Damiano había pedido verla nada iba a apartarla de su lado!

¿Tal vez Nuncio no le había dicho nada del supuesto romance que había tenido Edén? ¿Qué excusa le habría puesto para no

haberla llevado a Brasil? ¿Qué le diría Damiano cuando se vieran? ¿Cómo le iba a explicar por qué se había ido de casa de los Braganzi? ¿Cómo le iba a explicar que se había cambiado el apellido? ¿Cómo le iba a decir que tenía otra vida lejos de lo que, tan brevemente, había sido suyo?

Luchando para que el miedo no pudiera con ella, Edén miró la foto que tenía sobre la mesilla. Damiano sonriendo. Con todo su carisma italiano, guapo y moreno. Se la había hecho durante su viaje de novios, en Sicilia. Solo habían pasado juntos, en total, siete meses. Tiempo suficiente, sin embargo, para que se diera cuenta de que él se alejaba de ella, para que dejara de intentar que la puerta que comunicaba sus habitaciones se abriera de nuevo, para que él comenzara a pasar cada vez más tiempo en el extranjero por negocios, suficiente para romperle el corazón. Un amor así no se olvidaba, un amor así dolía.

Llamaron a la puerta del dormitorio.

–¿Está usted bien?

Controlando todas aquellas preocupaciones que la estaban llevando al pánico, Edén giró la cabeza.

–¿Qué pasa ahora? –le dijo pálida y con la cara llena de lágrimas a la agente.

–Nos vamos al aeropuerto en media hora. Yo, en su lugar, cerraría la tienda, y me preocuparía solo por lo que me iba a poner.

Edén se rio. Damiano… Damiano. ¿Qué le habrían hecho? Secuestrado, en peligro, gravemente herido, encarcelado en alguna prisión inhumana. Damiano, cuya vida no lo había preparado en absoluto para una odisea semejante. Damiano, nacido para ser rico, para mandar y para vivir bien. Recordó que una vez, la había pedido que se vistiera de verde. Se le ocurrió de repente. El verde era su color favorito.

Edén se apresuró a buscar frenéticamente algo verde entre sus ropas. Tal vez solo quisiera verla para decirle «Hola, he vuelto, pero…». Y Annabel, su primer amor, su amor de verdad. ¿Cómo se había olvidado de ella? Annabel Stavely, la ex novia de Damiano. En los años que habían transcurrido, había tenido un hijo soltera y se negaba a decir quién era el padre. Edén se tapó la cara con las manos. Le temblaban y le sudaban. Se encontraba como una olla a presión. Solo quería gritar y llorar. Todo a la vez…

El teléfono sonó un minuto antes de que Edén y su escolta salieran del piso.

–¿Edén? –era Nuncio, el hermano pequeño de Damiano.

Emocionada por que su cuñado la llamara después de todos aquellos años, Edén se quedó, literalmente, sin respiración. Temió que llamara en nombre de su hermano para decirle que, al final, Damiano se había arrepentido y no iba a ir a verla.

–¿Sí? –dijo en un hilo de voz.

–No le he dicho nada a Damiano. ¿Cómo iba a darle la bienvenida a casa con semejantes noticias? –la recriminó–. Me he visto obligado a mentirle, a decirle que habíamos perdido el contacto contigo porque te habías mudado. ¡Será mejor que le digas la verdad porque no aguantaré mucho tiempo callado viendo como mi hermano hace el ridículo!

¿La verdad? Al colgar el teléfono con manos temblorosas, la rabia invadió a Edén, que estuvo a punto de volverlo a descolgar y de llamar a Nuncio, pero no lo hizo. De todas formas, nunca la creería. Ni él ni nadie la creería ni haría el esfuerzo por descubrir la verdad: que sus dos mejores amigas la habían traicionado y la habían dejado sola.

–Debe usted entender que el hombre al que va a ver no es el hombre que usted recuerda –le advirtió Rodney Russell mientras se dirigían al aeropuerto en un coche de policía camuflado–. Sería muy beneficioso para ambos si retomaran su relación.

–Sí... claro –contestó ella deseando que dejara de alarmarla con semejantes comentarios. Lo escuchó mientras le hablaba del síndrome de estrés postraumático.

–Damiano regresa a un mundo que perdió hace cinco años. Acostumbrarse a él será todo un reto. Tendrá cambios de humor, se sentirá frustrado y verá con amargura los años que le han robado. A veces, querrá estar solo, pero, otras, buscará con desesperación la compañía de otras personas. Se mostrará silencioso, pensativo o, de repente, será el hombre más fuerte del mundo, pero no durará.

–¿Ah, no?

–Las reacciones de su marido no son una prueba de fiar de cómo será cuando todo esto pase. Este período será de transición.

–De acuerdo –dijo sintiendo que se le caía el alma a los pies. No era tonta. Le estaba diciendo que Damiano quería verla, pero que, tal vez en unas semanas, se iría. ¿No se habría creído aquel hombre que ella se había hecho ilusiones de que un milagro salvara su matrimonio? No era tan estúpida. No esperaba nada de Damiano ni le iba a pedir nada. Solo quería estar allí porque él lo quería así. Aun así, estaba orgullosa de que la necesitara porque Damiano Braganzi nunca había admitido que necesitara nada ni a nadie.

Ella le había dicho que lo quería, pero él nunca se lo había dicho a ella. Seguro que a Annabel, sí, ¿verdad? Por lo menos, se lo había hecho grabar en un bonito collar. «Con todo mi amor. Damiano».

–Creo que el aire fresco le vendrá bien, Edén –dijo el superintendente interrumpiendo sus pensamientos. Se dio cuenta de que habían llegado al aeropuerto.

–Sí... sí –contestó bajando del coche y tomando aire con fuerza–. ¿Cuánto queda?

–Unos diez minutos...

Diez minutos después de cinco años. Estaba tan nerviosa... Se paseó por la terminal sin mirar a la puerta por la que salían los viajeros. Se limpió las manos en el vestido de lana verde. Hacía mucho calor aquel día de verano, pero era lo único que tenía de ese color.

–Russell solo está haciendo su trabajo –la tranquilizó el superintendente–. Según lo que me han dicho, su marido está estupendamente, tanto física como psicológicamente.

Edén asintió y notó que se calmaba un poco. Oyó un ruido, miró al cielo y vio el helicóptero que aterrizaba. Seguía sin poderse creer que Damiano llegara en él, que Damiano estuviera a punto de bajarse y de ir hacia ella.

A pesar de todo lo que le habían dicho, temió que aquel hombre no fuera él. Tal vez fuera un impostor. ¿Por qué no? ¿No merecería la pena intentarlo, incluso someterse a una cirugía plástica, para hacerse pasar por un hombre inmensamente rico? Nuncio, que siempre había besado por donde había pisado su hermano mayor, y que no había parado de llorar desde su desaparición, habría sido muy fácil de engañar.

Rígida, se quedó mirando el aparato, que estaba a unos treinta metros. Se abrió una puerta. Edén se puso a temblar de miedo. Vio

a alguien muy alto y muy fuerte que salía. Llevaba unos vaqueros negros, camiseta blanca y cazadora de cuero. Llevaba el pelo largo, mucho más largo que nunca, estaba muy moreno. Se quedó sin aliento, no podía respirar. Sintió una inmensa alegría en su interior. No se dio cuenta de que había comenzado a ir hacia él, lentamente, al principio, y a la carrera, después.

Damiano dejó que corriera hacia él. Se paró a unos diez metros del helicóptero y se quedó esperándola. Más tarde lo recordó y se preguntó por qué, pero, en aquellos momentos, no podía ni pensar. Sus ruegos habían sido escuchados, ya no temía nada. Edén se abrazó a aquel ser, con el corazón a tanta velocidad que creyó que se le iba a salir del pecho cuando él la abrazó.

–¿Me has echado de menos, *cara*? –le preguntó envolviéndola en sus palabras y haciendo que no existiera más que él.

Edén tenía la cara pegada con fuerza a su pecho. Olía tan bien, tan familiar, aspiró su olor como si fuera oxígeno.

–No bromees, por favor, no bromees... –sollozó Edén aferrándose a él con ambas manos.

Capítulo 2

Damiano se quedó un par de minutos sin moverse, simplemente abrazándola. Edén se dio cuenta de que estaban en un lugar público y recobró la compostura.

–¿Estás bien? –preguntó él amablemente.

Edén respiró con dificultad y levantó la cara.

–Te quiero tanto.

No había pensado en decirle aquello, pero las palabras salieron de su boca de la forma más natural del mundo. Se encontró con sus ojos, tan oscuros que parecían negros. Insondables. Un pequeño espasmo de miedo la tensó el cuerpo. De repente, se dio cuenta de lo rígido que estaba él, del control que tenía sobre su cuerpo.

–A pesar de todo el tiempo que ha pasado, parece que no tienes dudas. Debo de ser el hombre más afortunado del universo, *cara* –dijo Damiano con un tono brusco al tiempo que los ojos le brillaban. Se agachó y agarró la bolsa que había dejado en el suelo–. Vamos a quitarnos de encima al comité de bienvenida.

Agarrándola de los hombros, anduvieron hasta donde estaban los demás. Edén seguía temblando y la cabeza le daba vueltas. No podía concentrarse en lo que acababa de decir ni en su reacción. Le costaba tanto pensar como poner un pie delante del otro para andar. De alguna forma, en su subconsciente, se había dado cuenta de que había algo en él que había cambiado, pero no sabía qué. Damiano siempre había sido una persona con mucho control, de la que era muy difícil saber qué estaba pensando. Mantenía el lado volátil y expresivo de su herencia italiana guardado bajo llave. Excepto en la cama.

Aquel recuerdo hizo que se sonrojara. ¿El hombre más afortunado del universo? No, desde luego, no en la cama, teniendo una mujer a la que una vez le había dicho que era la mayor mojigata del mundo. Sí, tenía razón, era un completo fraude en ese aspecto. La culpa la tenían su educación y sus prejuicios, pero, sobre todo, la insatisfacción de Damiano. Cuanto más se

desesperaba él, peor iba la situación. Al darse cuenta de que todo lo que hiciera o lo que dejara de hacer en el terreno sexual iba a ser mirado con lupa, Edén se había mostrado reacia a mantener relaciones y él se había dado cuenta. El placer que él le daba tenía un precio para su dignidad demasiado alto.

Pero cuando Damiano desapareció, cuando tuvo que enfrentarse a la posibilidad de que estuviera muerto y de que nunca volviera, ¡entonces sí que se arrepintió por no haberse dejado llevar! Al echar la vista atrás, sus prejuicios comenzaron a parecerle patéticos y egoístas. Se mordió el labio inferior e intentó enterarse de qué estaba hablando Damiano con los policías. Al ver una limusina plateada, frunció el ceño sorprendida.

–El coche ya ha llegado. No me apetece demorarme más –dijo Damiano sin disimulos, algo que nunca había visto en él.

–¿Le puedo preguntar dónde se dirige, señor Braganzi? –preguntó Rodney Russell.

–A casa, ¿dónde iba a ir? –¿A casa? Por Dios, ¿es que pretendía que fueran a directos a Londres a encontrarse con su familia? ¿Tal vez habría alguna celebración en la que ella sería una extraña?–. ¿Dónde vivimos ahora? Será mejor que le indiques tú al conductor.

Edén sintió que su nivel de pánico descendía un poco. Claro, él sabía que ella ya no vivía en la gran casa que los Braganzi tenían en Londres. Siguiendo sus instrucciones, se montó en el asiento trasero del coche y volvió a sentir, de repente, un gran pánico. No había pensado nada más que en el momento de verlo, no en qué iba a pasar después. Se sentía como si fuera en una canoa, sin remos, y derecha a los rápidos.

–A mí también se me hace raro. No te preocupes, *cara* –la tranquilizó Damiano posando su enorme mano sobre sus delicados dedos–. Hoy no va a haber explicaciones interminables. He vuelto y eso es lo único que importa ahora mismo.

Edén lo miró fijamente. No le pareció el mejor momento para fijarse en lo tremendamente guapo que seguía siendo. Sus rasgos clásicos, su cara angulosa, la sensual curva de su boca, perfectamente modelada. Damiano era impresionantemente guapo, pero, a diferencia de muchos otros guapos, era, además, muy masculino. Los sentidos de Edén, hambrientos de él, estaban empezando a reaccionar. La invadió aquella vieja culpa al sentir

aquel calor en la tripa, la pesadez de sus pechos bajo la ropa. Pensó cuán inapropiadas eran aquellas reacciones físicas ante el hombre que la había rechazado cuando ella había intentado volver a la cama marital. No, definitivamente, no creía que la fuera a necesitar en ese aspecto, se recordó mortificada por su estúpida susceptibilidad.

Una vez controlados sus impulsos, se fijó más atentamente en él. Su cara revelaba cambios. Tenía los pómulos más marcados, bajo el moreno estaba pálido y sus ojos reflejaban un gran cansancio. Seguramente no habría pegado ojo en el vuelo hacia Inglaterra contándoles cosas a sus familiares. En realidad, parecía como si no hubiera dormido en una semana.

Había algo en aquella cara que Edén no había visto antes. Algo duro, marcado en él, en aquella cara, como si fuera de hierro. Aquella soltura suya había sido reemplazada por la frialdad que había empleado, por ejemplo, con el comité de bienvenida. No había ocultado que se quería ir a casa. Su acento también había cambiado. Cinco años hablando español y solo español habían alterado su forma de hablar. Era un hombre muy inteligente. No había llegado a ser presidente del Banco Braganzi por herencia, como su padre y todos sus antepasados. Había llegado al puesto a los veintiocho años, simplemente, porque era brillante.

El silencio se cargó con una intensidad que Edén no entendía. Se miraron a los ojos. Los ojos de Damiano ardían como llamas. De repente, le puso la otra mano en el pelo y la besó en la boca.

Fue algo sorprendentemente sensual e inesperado. Edén, que creía que su marido la encontraba igual de atrayente físicamente que una bañera llena de hielo, se sorprendió mucho. El erotismo con que su lengua buscaba en la calidez de su boca hizo que ella se agitara hasta lo más profundo y sintiera una gran excitación que la hizo gemir.

Al instante, Damiano la soltó, acalorado, la miró rápidamente y bajó los ojos.

–*Mi dispiace*… Lo siento, no sé qué me ha pasado –se disculpó.

Edén tampoco, pero no se arrepentía. Tenía el corazón como si hubiera estado corriendo. Su cuerpo estaba tenso y expectante; había pasado tanto tiempo sin que nadie la tocara íntimamente… Se sintió avergonzada porque era obvio que él se arrepentía de haberla

besado. Bajó la mirada y decidió estudiar sus manos, que seguían agarradas. Intentó dilucidar qué habría llevado a Damiano a actuar así, pero no era fácil. Siempre la había confundido.

–¿Te he hecho daño? –le preguntó apretándole la mano.

–No... –contestó ella. «Bésame siempre que quieras», le entraron ganas de decirle. Se lo habría dicho si hubiera creído que le gustaría oír semejante invitación, pero no tuvo valor. Cinco años antes, a la desesperada para salvar su matrimonio, lo había hecho y había fracasado irremediablemente. Poco antes de su viaje a Montavia, Damiano la había rechazado. Había dicho que no ante su cuerpo. Peor, había dicho que no con aquel sarcasmo suyo que la hería en lo más profundo.

En silencio, Edén puso su otra mano sobre la de Damiano, la acarició y percibió que estaba áspera, no como antes. Sorprendida, pasó sus dedos por los nudillos destrozados de él, tenía las uñas rotas. Le miró las palmas. Eran las manos de un hombre acostumbrado al trabajo duro.

–Todo un reto para la manicura –comentó Damiano.

–Pero... pero, ¿cómo?

–Me pasé tres años en una cantera en la que no había maquinaria...

–¿Una cantera? –repitió ella apretando la mano de Damiano entre las suyas en señal de protección. ¿Damiano trabajando en una cantera?

–Tras el primer año, el gobierno militar decidió que todos los prisioneros rebeldes fueran presos políticos. Fue un movimiento muy inteligente. Si tienes en cuenta que encerraron a un cuarto de la población masculina del país y este es tan pobre que no puedes darlos de comer, no tienes más remedio que conceder la amnistía –explicó Damiano–. Debes ponerlos a trabajar rápidamente para que no sean una carga para la economía.

–Una cantera... –repitió Edén sin poder creérselo–. Tus pobres manos... tenías unas manos tan bonitas...

–*Dio mio*... ¡menos mal que podía trabajar! ¿Manos bonitas? –dijo él en tono burlón–. ¿Qué pasa? ¿Soy modelo o algo así?

Edén cerró los ojos y, nublada la vista por las lágrimas, lo besó los dedos. El silencio que siguió a su gesto fue tremendo.

Damiano retiró la mano. Edén levantó la cara y se encontró con

unos ojos negros sorprendidos. Sintió que la cara le ardía.

–¿Qué te pasa? –preguntó Damiano enfadado.

–Lo... lo siento –murmuró ella deseando que la tierra se la tragara. Se sentía estúpida.

–No... ¡no te disculpes por el único afecto espontáneo que me has demostrado en la vida! –le pidió mirándola intensamente.

–Eso no es cierto –susurró defendiéndose de aquella acusación.

Pero Damiano no volvió a hablar del tema. Miró por la ventana y frunció el ceño al ver las calles por las que iba la limusina.

–¿Dónde diablos vamos?

–A mi piso. Está a las afueras...

–¿Te fuiste de nuestra casa para alquilar un piso en la ciudad? –preguntó Damiano atónito–. ¡Creí que te habrías ido a Norfolk, a una casa de campo!

–No fue tan sencillo, Damiano. Para empezar, no tenía dinero para comprarme una casa y, luego, ¿de qué iba a vivir? ¿Del aire? –contestó Edén a la defensiva–. El banco siguió operando tras tu desaparición, pero todas tus cuentas fueron congeladas, no podía tocar tu dinero...

–Eso lo sé –la atajó–, pero ¿mi hermano no te ayudó?

Era sorprendente lo poco que habían tardado en llegar al meollo de la cuestión. La dura realidad era que la familia la había dado de lado, pero Damiano no lo creería porque él adoraba a los suyos. Tendría que contarle aquellas noticias, tendría que decirle por qué la situación se había puesto tan fea que ella no había aguantado viviendo bajo el mismo techo.

–No, no estoy diciendo eso –contestó sin mirarlo a los ojos, intentando ganar tiempo para inventar una explicación creíble–. Me pareció que había llegado el momento de que me fuera y me las apañara yo sola...

–¿Solo cuatro meses después? ¡No te costó mucho perder la esperanza de que volviera! –condenó Damiano. Se volvió a hacer el silencio–. Olvida que he dicho eso. Ha sido muy cruel e injusto. Nuncio me confesó que él me creyó muerto al cumplirse un mes y, además, tú nunca llegaste a llevarte con mi familia como yo hubiera deseado. Mi desaparición os alejó en vez de uniros...

–Damiano –interrumpió Edén.

–No, no digas nada. No acepté las excusas de Nuncio y no voy a

aceptar las tuyas. ¡Que mi hermano fuera a Brasil sin mi mujer me hirió como no te puedes imaginar! –admitió él apretando las mandíbulas–. Me ha quedado claro lo alejados que estáis...

–Sí, pero...

–Estoy muy decepcionado con esta situación, pero no me apetece hablar ahora de ello –interrumpió Damiano con la misma decisión que en el pasado cuando algo lo molestaba. Edén iba a contestarle, pero decidió que era mejor que siguiera pensando que había sido así. Lo malo era que, algún día, tendría que contarle la verdad. Al pensar aquello, tragó saliva con fuerza.

La limusina estaba enfilando la calle en la que se encontraba el edificio en el que trabajaba y vivía. Damiano inspeccionó la calle, una calle normal y corriente con casas y tiendas, y enarcó las cejas.

–Tal vez no sea a lo que estás acostumbrado, pero no está tan mal como parece –dijo ella apresurándose a salir del coche. Se paró al oír a Damiano hablar con el conductor en italiano. El vehículo dio la vuelta y se fue.

Era imposible que Damiano la asociara con el apellido James que estaba escrito junto a «Arreglos». Edén pasó de largo y subió las escaleras. Abrió la puerta del piso y Damiano entró. Con una sola mirada vio todo lo que había que ver. El salón y las tres puertas, que daban al baño, la cocina y el dormitorio.

–¡No me puedo creer que te fueras de nuestra casa para vivir así!

–Te agradecería que dejaras de referirte a la casa de la ciudad como nuestra casa. Puede que fuera tuya, pero yo nunca la sentí como mía –contestó Edén sorprendiéndose a sí misma y a él con aquella afirmación.

–¿Qué quieres decir?

–Vivir en la casa de la ciudad era como vivir en una comuna.

–¿Una comuna?

–Sí, la forma de vida a la italiana. Aunque la casa sea enorme, nunca hay un rincón que puedas decir que es tuyo –continuó Edén.

–No sabía que te sintieras así viviendo con mi familia –contestó él dejando ver lo ultrajado que se sentía. Edén juntó las manos, que le temblaban. Sintió deseos de gritarle que había sido obvio que la falta de intimidad había contribuido a sus problemas–. No creo que sea necesario que te recuerde que la casa de tus padres era como una madriguera. Seguro que allí sí que era imposible encontrar un

solo rincón que pudieras decir que fuese tuyo –concluyó con crueldad.

Era una locura estar discutiendo sobre aquello en esos momentos. Lo sabía, pero que le recordara que procedían de clases sociales diferentes la había herido y no se iba a quedar sin contestarle.

–Así que piensas que nuestro matrimonio fue como *La dama y el vagabundo*, pero al revés, ¿no? ¡Supongo que debería estarte agradecida por vivir en una casa que era de dos mujeres más!

–¿De quiénes?

–De Valentina, la mujer de tu hermano, y de Cosetta –contestó ella apretando los puños–. Era su casa mucho antes de que yo llegara…

–No me puedo creer que estemos teniendo esta absurda discusión.

–Ni siquiera pude redecorar mi habitación por miedo a ofender a alguien… ¿y te crees que me gustaba vivir así? Siempre con invitados a la hora de comer, siempre teniendo que mostrarme educada, sin tiempo para relajarme, sin ningún sitio para estar a solas contigo que no fuera nuestro dormitorio…

–Y tú siempre procurabas que no coincidiéramos mucho allí –le espetó Damiano–. Preferías quedarte dormida en el salón que subir a la habitación. Me di por aludido.

Edén se quedó pálida. El rencor se desvaneció rápidamente. Se sintió avergonzada por haber sacado un tema tan trivial comparado con todo lo que tenía que haber soportado él desde entonces. Se dio la vuelta y se fue a la cocina.

–Querrás un café, supongo –susurró. Puso la cafetera al fuego con manos temblorosas–. ¿Quieres algo de comer?

–No, gracias. Nuncio estuvo pendiente de mí, como mamá gallina, y estuve todo el viaje desde Brasil comiendo.

Lo tenía detrás, en el quicio de la puerta y la estaba poniendo nerviosa. Alto, moreno, tan guapo. Había vuelto, estaba en su casa. Cómo lo había querido, lo había querido de verdad. No era justo que le echara en cara lo que había ocurrido hacía cinco años. Él la había dejado en una casa de veinticinco habitaciones con personal de servicio por todas partes. Él había creído que su hermano se haría cargo de ella. Por eso estaba tan sorprendido, incluso molesto,

al ver que vivía en un diminuto piso, sobreviviendo con un presupuesto que a su hermana no le habría dado ni para comprarse los zapatos de la semana.

–No me di cuenta de que no te gustaba vivir con mi familia... Nunca me lo planteé –admitió Damiano.

–No pasa nada... No sé por qué lo he dicho –se disculpó ella–. Ahora, ya no importa...

–No, no es así. Me quedaré aquí esta noche, pero... –¡Dios mío, la iba a dejar otra vez! Le había bastado un rato para volverlo loco, para alejarlo. Sintió un terrible frío–. Ahora necesito más espacio, ¿de acuerdo?

–Sí –murmuró ella tan bajo que casi se hizo inaudible con el ruido de la cafetera. ¿Espacio? Espacio para él y libertad, lo que el consejero del ministerio había intentando explicarle. Lo que quería era alejarse de ella, quería escapar de ella y no hacía más que una hora que había vuelto. Sintió como si la casa se le cayera encima y no la dejara respirar.

–Tengo miles de reuniones –le comentó Damiano–. Tengo que tratar asuntos legales, dar una rueda de prensa, encargarme del banco, no puedo quedarme aquí, tengo que estar en Londres.

No tenía ninguna intención de quedarse. Solo había sido una visita de cortesía. El piloto automático con el que estaba funcionando y con el que estaba sirviendo el café, le falló. No se dio cuenta de que la taza que estaba sirviendo estaba llena y el café se estaba saliendo.

–¡*Porca miseria*! –exclamó Damiano agarrándola de los hombros y alejándola de la encimera desde la que empezaba a caer el reguero de café ardiendo–. ¡Casi te abrasas! Siéntate, ya lo hago yo. Me parece que sigues conmocionada.

Una vez en el salón, Edén se dio la vuelta y vio a Damiano fregando el suelo de la cocina.

–No es real... estás fregando, estás aquí... –murmuró.

–Estás pálida como el mármol, *cara*. Siéntate –contestó él. Se sentó porque tenía miedo de desmayarse. Damiano le llevó una taza de café. Era el mismo Damiano que antes hacía sonar una campanita cuando quería café o cualquier otra cosa. Annabel habría vuelto con él con que Damiano hubiera chasqueado los dedos. ¡Incluso una vez casado! Intentó controlar sus pensamientos y

mantener la compostura–. Estás empezando a reaccionar… –dijo él tumbándola en el sofá y tapándola con una manta que había en una de las butacas. Le apartó el pelo de la cara y le habló en tono de culpa–. Siempre fui un maldito egoísta.

Mientras estuvieron juntos, él nunca se había mostrado ni había hablado así. Edén estaba anonadada. Se sentía culpable. ¿Se sentía culpable por herirla? Ella se había hecho el lío nada más verlo. Le había soltado que lo quería. ¿Dónde había ido a parar su orgullo? ¡Cinco años de un matrimonio que él sabía que había sido un error! Ni siquiera sabía por qué le concedía aquellas horas. La iba a dejar amablemente, se moría por volver a su vida. Volver al banco, con su familia…–. He tenido mucho tiempo para pensar en nuestro matrimonio –comenzó Damiano.

–Lo sé… –cerró los ojos con la esperanza de que se callara. No quería oírlo. Temía ponerse a llorar.

–Fui cruel… –Edén levantó el mentón y le dio la espalda. Tantas emociones estaban a punto de hacer que se derrumbara. Se metió el puño en la boca para no decir nada–. Quise convertirte en algo que tú no podías ser… –sensual, atrevida, lasciva, seductora. Eso era lo que a él le hubiera gustado, pero no lo había conseguido. Una mujer que lo sorprendiera con conjuntos de lencería de seda y que quisiera hacer el amor en distintos sitios, no solo en la cama y con la luz apagada. Una mujer que tuviera un papel más activo, que no se limitara a quedarse tumbada. Una mujer que le demostrara que lo deseaba–. Me hice falsas esperanzas –admitió–. No estaba acostumbrado a que me dijeran que no… –pues lo oyó mucho, tanto antes como después de la boda. ¿Tanto le habría costado desnudarse para él o dejarlo que la desnudara aunque solo hubiera sido una vez? ¿No podría haberle dicho que sí aquella vez en el coche cuando comenzó a besarla tras volver de un largo viaje?–. Lo que quiero decir es que fue un error por mi parte concederle tanta importancia al sexo. ¿Te importaría decir algo? –murmuró Damiano.

–No tengo nada que decir –susurró Edén de espaldas a él dejando que las lágrimas le resbalaran por las mejillas.

Edén intentó no explotar, se encontraba como una botella de refresco con gas a punto de estallar. Se había vuelto a equivocar. Damiano quería que le hablara, pero ¿qué demonios quería que le

dijera? Todo lo que le acababa de decir solo significaba una cosa: quería el divorcio, de manera civilizada, eso sí. Un divorcio en el que las culpas fueran compartidas, en el que nadie se echara las cosas en cara. Por eso estaba suavizando el pasado, intentando cambiarlo. ¿Por qué, si no, iba a haber dicho que no debería haberle dado tanta importancia al sexo?

¿No era acaso la satisfacción sexual un tema muy importante para la mayoría de los hombres? Y para un hombre como Damiano era algo que se daba por hecho. Tras muchos años sintiéndose perseguido, halagado y honrado por todas las mujeres que se le habían puesto en el camino, Damiano había asumido que se casaría con una mujer sensual. Le había quedado claro por qué había acabado pidiéndole a alguien como ella que se casara con él. Se le encogió el estómago. Se sentía despechado por Annabel, estaba acostumbrado a ganar siempre y, al decirle Edén que no, se sintió retado.

–Tengo que hacer un par de llamadas –dijo Damiano.

–Lo siento, yo...

–¡No! –cortó Damiano enfadado–. No quiero oírte pedir perdón continuamente. Tú no eras así cuando te casaste conmigo. ¡Yo te hice así comportándome como un bestia!

Edén, muy sorprendida ante semejante declaración, abrió los ojos y se giró, pero lo único que alcanzó a ver ya fue la puerta que se cerraba. ¿Un bestia? ¿Así era como se sentía Damiano por culpa suya, por no haber sabido hablar con él, por no haber estado a la altura que él esperaba? Aquella idea aumentó su dolor e hizo que se volviera a zambullir en los recuerdos del pasado...

Sus padres se habían casado mayores y ella había sido hija única. Su padre era guardabosques en una remota finca de Escocia. Uno de los primeros recuerdos que tenía era el ruido de la máquina de coser de su madre. Había resultado ser una buena costurera y ello había venido muy bien para tener unos ingresos extras. En aquella casa se trabajaba mucho y se hablaba poco. Los sentimientos se mantenían para uno mismo y las demostraciones de afecto no eran frecuentes.

Cuando Edén terminó la universidad, con el título de maestra debajo del brazo, su madre había muerto y su padre le pidió que volviera a casa. La profesora de la minúscula escuela local fue

madre y Edén la reemplazó durante la baja maternal. Con los años, Falcarragh había cambiado mucho. Había pasado a manos privadas y lo administraban como una inversión más un equipo de ejecutivos desde Londres. Rara vez pasaban por allí, pero se les daba muy bien recortar gastos.

Aunque para entonces ya contaba veintiún años, el amor no había aparecido en la vida de Edén. El hijo del encargado de la finca, Mark Anstey, su compañero de juegos infantiles, seguía siendo su mejor amigo. Cuando eran adolescentes, había creído que le gustaba, pero, se dio cuenta de que no era así al no poder imaginarse besándolo. Mark era más como el hermano que nunca había tenido.

Damiano apareció en su vida aquel mismo invierno. Su coche se había salido de la carretera en mitad de la nieve. Su padre estaba fuera, con un tío suyo que estaba enfermo. Debido al mal tiempo, la escuela había cerrado antes. Cuando oyó ladrar a los perros, Edén se sobresaltó ya que cualquier persona en sus cabales no saldría de casa con aquella tormenta.

Al abrir la puerta, se quedó mirando a aquel hombre tan alto con abrigo negro y se sintió intimidada.

–*Mi dispiace* –dijo él frunciendo el ceño–. Necesito... necesito un teléfono.

Al darse cuenta de que aquel hombre estaba rojo de fiebre y parecía confundido, además de helado, Edén no tuvo miedo.

–Pase inmediatamente... –contestó agarrándolo de un brazo pensando que si se caía no iba a poder con él.

Lo guió hasta la chimenea.

–Un teléfono... *per favore* –repitió con una voz muy bonita.

En lugar de dárselo, Edén le quitó el pesado abrigo que llevaba y lo obligó a soltar la bolsa de viaje que llevaba agarrada como si le fuera la vida en ello. Al ver que llevaba traje de chaqueta, se apresuró a soltarle la corbata para que estuviera más cómodo. Damiano se quedó callado, completamente sorprendido.

–¿*Signóra*?

–Debe querer usted suicidarse –contestó ella–. ¿Cómo se viste así con este tiempo?

Edén agarró una manta y se la puso, no sin esfuerzo, por los hombros. Le puso una mano en el pecho para que se sentara en la

butaca que tenía detrás.

–¿Pequeño… ángel? –dijo mirándola fascinado, sus ojos negros posándose en sus delicados rasgos y sus dedos helados agarrándola la mano–. No lleva alianza… ¿soltera?

–Siéntese –contestó ella apresurándose a quitar la mano.

Él se dejó caer en la butaca, pero siguió mirándola fijamente.

Edén le puso bien la manta y le quitó los zapatos y los calcetines todo lo rápido que pudo.

–¿Cómo se llama?

–Damiano…

Lo miró por primera vez desde que había entrado. Aunque estuviera empapado, aquel hombre era impresionantemente guapo, tenía una cara angulosa y unos ojos increíbles.

–Damiano –repitió ella aturdida.

Él sonrió soñoliento haciendo que a Edén se le disparara el corazón y dijo algo más en su idioma.

Consiguió dejar de mirarlo y abrió la bolsa en busca de ropa seca. Le sacó unos vaqueros y un jersey. Rápidamente se dio cuenta de que eran de buena calidad, pero no se paró a mirarlos más porque tampoco entendía de etiquetas de diseñadores. ¿Sería un turista? No iba vestido de manera adecuada para practicar deportes de invierno. La ropa era la que un ejecutivo se ponía para ir a una reunión.

–Cámbiese mientras le caliento un poco de sopa –indicó autoritaria–. ¡No se le ocurra quedarse dormido encima de mí!

Mientras iba a la pequeña cocina, con el corazón a cien por hora, no pudo evitar darse la vuelta para mirarlo de nuevo.

Se encontró con unos bonitos ojos negros que la hicieron marearse.

–Parece usted un ángel… –insistió él.

–Ya basta.

–No, solo es el principio.

Y así había sido. Por desgracia, había sido el principio de una relación entre dos personas que no tenían nada en común. Damiano no tardó en recuperarse de aquello, que lo hacía vulnerable y atractivo a la vez a ojos de Edén. Se quedó muy sorprendido al darse cuenta de que no tenía cobertura en el móvil y de que en casa de ella hubieran puesto línea telefónica hacía solo un año. De

hecho, no tenían ni televisor.

Se quedó todavía más sorprendido al ver que Edén no tenía coche. Después de cenar, le volvió a pedir el teléfono y ella lo dejó solo para que hablara, así que no tenía ni idea de quién era. Tendría que haberse protegido contra el rico y poderoso hombre que le había llevado la tormenta.

Edén seguía convencida, aunque él le había dicho varias veces después que era ridículo, que Damiano había obviado adrede decirle que era el dueño de Falcarragh. Además, no había mencionado el Banco Braganzi ni nada de su estilo de vida que pudiera haberla hecho sospechar quién era. La había dejado creer que era uno de los ejecutivos londinenses que se encargaban de gestionar la propiedad. Edén nunca supo por qué, supuso que sería porque lo divertía.

Le mostró a Damiano la habitación de su padre, en la que iba a dormir. Hizo que le contara la historia de su vida con una determinación a la que era imposible negarse. Edén estaba halagada y fascinada de tener a un hombre tan guapo pendiente de ella.

A la mañana siguiente, él insistió en bajar por la carretera para hacer autostop. Antes de irse, le pidió que cenara con él y ella aceptó, claro. Pasó por alto que a su padre no le habría gustado que saliera con uno de los «jefes». Aquella tarde se puso a llover y Damiano llegó a buscarla en uno de los coches todoterreno de la finca.

Se había hospedado en el único hotel que había por allí. A él no le gustó la comida que les sirvieron. Cómo le iba a gustar, no era a lo que él estaba acostumbrado. Fue como un sueño para Edén cenar con un hombre tan guapo que las demás mujeres no podían quitarle los ojos de encima. Le encantaron sus buenos modales, le interesó todo lo que le contaba y la maravilló cómo la agarraba la mano, como si fuera la cosa más natural del mundo.

En el trayecto de vuelta a casa, su burbuja se rompió.

–Te iba a pedir que te quedaras a dormir conmigo en el hotel, pero supongo que la maestra tendrá que tener cuidado con su reputación –dijo Damiano sin darle importancia–. Es una suerte que no tengas vecinos.

¡La conocía desde hacía veintinueve horas y se creía que se iba a acostar con él! Edén despertó de su mundo color de rosa, se sintió

avergonzada y luego enfadada, con él, por haberlo estropeado todo y, con ella, por haber esperado más de él de lo que habría debido. Damiano no era diferente de sus compañeros de universidad, que habían intentado ligar con ella de manera ruda y la habían hecho proposiciones sexuales indecentes. Lo único distinto era que él era educado.

–No tengo ninguna intención de que te quedes a dormir conmigo –contestó Edén.

–Eso suena a negativa –dijo él divertido–. Se me da muy bien hacer que los noes se conviertan en síes.

–Ese tipo de comportamiento nunca ha formado parte de mi vida y nunca lo hará... –contestó ella con lágrimas de ira en los ojos.

–¿Te vas a meter a monja? –preguntó él en tono burlón–. Los hombres italianos somos muy persistentes cuando queremos algo...

–¡No quiero seguir hablando de esto! –lo interrumpió Edén mortificada–. Déjalo estar...

–Soy un hombre hecho y derecho y, a mi edad, no tengo intención de tener una relación sin sexo.

–¡Bueno, pues yo no pienso tener relaciones íntimas hasta que me case! –le espetó ella entre dientes.

–¿Me estás tomando el pelo? –dijo él mirándola con los ojos como platos. Habían llegado y él había parado el coche.

Edén se soltó el cinturón de seguridad, desesperada por huir de él.

–¡Buenas noches! –gritó saliendo del coche.

–¿Eres virgen? –le dijo corriendo tras ella e interceptándola antes de que pudiera llegar a la puerta. Nadie le había dicho aquello a la cara nunca y Edén se sonrojó. Era la última persona con la que le apetecía hablar del tema. Lo había dicho tan asombrado como si hubiera visto un ovni–. Puede que haber pensado en pasar la noche juntos haya sido un poco precipitado –dijo él como arrepentido.

Edén estaba sacando las llaves de casa del bolso con manos temblorosas. Le habría gustado salir volando si hubiera tenido alas. En su casa, nunca se había hablado de sexo, nunca se había hablado de algo tan íntimo.

–Por favor, cállate –le pidió.

–Estoy intentando comprender qué está ocurriendo...

–Te lo he dicho bien claro...

–¿Pero no estarás esperando que te pida que nos casemos para poder acostarme contigo? –insistió él con ironía.

Herida ante su sarcasmo, lo abofeteó. Lo hizo sin pensar, simplemente, levantó la mano y le cruzó la cara.

–Tú...

–Lo siento, pero...

Damiano se quedó mirándola con ojos enfurecidos. La agarró de los hombros y la atrajo hacia sí para besarla con una pasión que hizo que ella perdiera el control.

Al apartarla, estudió la cara sorprendida de Edén, que se había puesto roja de deseo y, entonces, sin más, se rio.

–Algún día, no dentro de mucho, me lo pedirás de rodillas, *cara mia*. Esperaré.

Capítulo 3

Edén salió del emotivo retorno al pasado y escuchó la voz de Damiano hablando por teléfono desde su habitación. Suspiró hondo.

Al final, se había salido con la suya. Se había casado con ella para meterse en su cama y, habiendo esperado tanto y con tanta paciencia, había esperado una noche de bodas salvaje y un viaje de novios de orgía continua. El único fallo es que aquello nunca llegó. Edén sintió ganas de llorar de nuevo y hundió la cabeza en un cojín.

–Voy a intentar dormir un par de horas. Estoy tan cansado que me siento como si estuviera medio inconsciente –admitió Damiano desde la puerta–. ¿Quieres que duerma en el sofá?

Aquello ya era lo último. ¡Volvía después de cinco años y se ofrecía a dormir en un sofá que no tenía ni metro y medio cuando en su habitación había una cama de matrimonio!

–Duerme en la cama –le contestó.

–La limusina vendrá a buscarme a las siete para llevarme al aeropuerto. Por favor, despiértame.

«Se terminó», intentó convencerse a sí misma. «Nunca funcionó. Da gracias de que esté vivo», se dijo. Sin embargo, no era suficiente para sobreponerse al devastador efecto que había tenido su aparición de nuevo en su vida. No podía ser que hubiera aparecido y se fuera a ir otra vez. Y allí estaba ella, hecha un ovillo, escondiéndose de él. Más o menos como siempre, ¿eh? ¡Seguía mostrando aquella pasividad que a él lo sacaba de quicio!

¿No era capaz de actuar de otra manera? ¿Es que solo sabía ser la víctima desvalida que no tiene voluntad sobre sus propias desgracias? ¿Cómo había vuelto a esa conducta errónea con lo mucho que había cambiado en su ausencia?

Había cambiado a la fuerza, no le había quedado más remedio que hacerse más valiente y más fuerte. Cuando le había dicho que se iba, se había ido abajo. Toda la fuerza, toda la seguridad en sí misma habían quedado a la altura del betún, dejando paso a sus peores temores.

«¿Vas a dejar que se vaya sin discutir?»

Edén se levantó. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Damiano estaba profundamente dormido. Su pelo oscuro y su piel bronceada hacían contraste con las sábanas. Estaba tumbado de espaldas, con el edredón a la altura de las caderas, dejando al descubierto sus maravillosos hombros, sus brazos musculosos y su espectacular espalda. Era un placer mirarlo. Tan masculino, tan impactante.

¿Cuántas veces lo había mirado medio desnudo disimuladamente? Se puso roja. Era una ironía que ella, que le había negado repetidamente aquel placer a él, lo hubiera hecho. Siempre le había gustado mirarlo. Le bastaba verlo sin camisa para excitarse, pero no lo había admitido nunca, ni siquiera a sí misma. Una mujer decente nunca pensaría eso.

La habían educado en el más absoluto de los puritanismos. ¿Por qué se habría llevado eso al matrimonio? ¿Por qué no había intentado sacudirse un poco los prejuicios? Porque era demasiado cabezota y orgullosa. Y Damiano, también. Ninguno de los dos estaba preparado para casarse.

La vez que se le ocurrió ofrecerle su cuerpo y él la había rechazado... ¿Cómo había sido?

–Quiero tener un hijo...

Damiano la miró con ojos de hielo.

–Aunque no llevaras cinturón de castidad, no te tocaría –contestó él–. Es la proposición menos tentadora que jamás me ha hecho una mujer. Cuando me desees y seas capaz de demostrármelo según mis condiciones, entonces y solo entonces, consideraré la posibilidad de volver a dormir contigo.

¿Sería demasiado tarde ya? Había tenido que desaparecer cinco años para que ella se diera cuenta de por qué Damiano se había enfadado aquel día. Edén apretó los puños ante su propia estupidez. La excusa de querer un bebé había sido un error. Él no había tenido en cuenta lo desesperada que estaba ni que lo del niño había sido para intentar retenerlo a su lado.

Salió de la habitación y se fue a la cocina. Tenía una botella de vodka en un armario. Se la había regalado Pam hacía cuatro navidades sin saber que Edén no probaba el alcohol. Otra cosa que a Damiano lo sacaba de quicio. ¡Una novia que no tomaba champán

ni en su propia boda! Necesitaba valor para hacer lo que iba a hacer.

Se sirvió un vaso de vodka con zumo de naranja. ¿Y si le decía que no y la echaba? Debía sorprenderlo mientras estuviera dormido para que no pudiera negarse. La había agarrado la mano y la había besado en la limusina, ¿no? ¡Por un momento había parecido como si no pudiera dejar de tocarla! Seguro que no había mujeres en la cantera.

Antes de desaparecer, Damiano nunca le había dado muestras de infidelidad. Aquella podía ser su última oportunidad. Tal vez, ya no había nada que hacer, pero merecía la pena intentarlo. Se puso en pie y volvió a la habitación. Lo miró. ¡Sí, merecía la pena intentarlo porque, además, en unas horas se habría ido para siempre!

Se tapó la nariz y se terminó el vaso de un trago. Se desnudó, se puso perfume, se maquilló un poco e intentó arreglarse el pelo rubio que le caía sobre los hombros. Decidió beber un poco más de vodka por si, al llevar guardado tanto tiempo, hubiera perdido la fuerza. Iba a ser todo lo que Damiano siempre había esperado de ella. Para demostrárselo a sí misma, fue desnuda a buscar unos recuerdos que no había querido dejar en la casa de Londres.

Damiano le había enviado una caja de maravillosa lencería de seda el día antes de su boda. No se andaba por las ramas, había dejado muy claro lo que quería. Estaba claro que no se había dado cuenta de lo que intimidada que se había sentido ella al recibirlo o de lo sorprendido que su suegro se había quedado al verlo.

Edén se puso las braguitas transparentes de color lila y el sujetador a juego. «Es mejor que ir desnuda», se dijo sintiéndose un poco rara. Le entraron unas ridículas ganas de bailar. Damiano no iba a saber qué ocurría.

Damiano estaba tumbado de espaldas en diagonal. Los últimos rayos de la tarde entraban por la ventana. Edén lo estudió: su fuerte mandíbula, su preciosa boca, el vello negro que cubría sus estupendos pectorales, la piel dorada que cubría sus poderosos músculos.

Solo pensar en tocarlo la hacía temblar. Se metió en la cama con mucho cuidado para no despertarlo. Se acercó a él, hipnotizada por el subir y bajar de su pecho, por su respiración, por él. Le puso la mano en el brazo suavemente. Él se movió. Edén se quedó quieta,

pero la necesidad de expresarle lo mucho que lo quería la impulsó a seguir adelante.

Agachó la cabeza y apoyó los labios en su tripa, fuerte y dura. Le pasó la lengua por la piel sintiendo un escalofrío al saborearla. El calor invadió su cuerpo tembloroso, sus pechos se endurecieron y sus pezones se pusieron en punta. Su aroma era un afrodisíaco para sus sentidos, hambrientos desde hacía tanto tiempo. Le puso la mano en la cadera para no perder el equilibrio y comenzó a apartar la sábana.

De repente, Damiano la agarró del pelo y la llevó hacía sí. Edén ya no tenía el control. La besó con fruición y ella sintió un enorme deseo por todo el cuerpo. Con manos firmes la agarró de la cintura, la levantó y la colocó encima de él para que pudiera sentir su masculinidad en todo su esplendor.

El calor que de allí emanaba casi le quemó la pelvis. Edén gimió y, al instante, Damiano paró, la agarró de los antebrazos y la apartó.

Unos ojos asombrados se encontraron con los de ella en la oscuridad.

–¿Edén? –dijo él sin poder creérselo–. ¿*Che cos'hai*?

Se dio cuenta de que Damiano había respondido a sus caricias incluso antes de estar despierto. Se quedó de piedra, no podía hablar y estaba roja como un tomate. Él observó el conjunto de lencería. Parpadeó. Volvió a mirarla, anonadado.

–*Per amor di Dio*... ¿A qué demonios estás jugando? –antes de meterse en la cama, Edén se había imaginado que él se despertaba y la agarraba con dulzura y entusiasmo, pero la había apartado para recuperar el control y la estaba preguntando la mayor estupidez que la había preguntado jamás–. ¿Qué haces así vestida? –añadió viendo los tacones de tacón alto que llevaba.

–Yo... Yo no sé qué decir –contestó ella atropelladamente.

–¿Has estado bebiendo?

–Bueno, eh... un poco...

–¿Tienes que darle a la botella para acostarte conmigo?

–Sí...¡quiero decir, no! –contestó ella confusa ante su enfado.

–Y, cuando estás borracha, te metes en la cama con zapatos –dijo él iracundo apartándola hacia un lado de la cama–. Cuando me fui, eras una esposa tímida y estrecha y, ahora, ¡te has convertido

en una furcia de alto nivel!

–No... no, no es eso... –contestó ella bajándose de la cama.

–¿Quién fue? –preguntó furioso agarrándola con fuerza de la muñeca antes de que a ella le diera tiempo de escapar–. ¿Quién consiguió que se produjera el milagro mientras yo estaba fuera? ¿No crees que tengo derecho a saber quién se ha estado acostando con mi mujer mientras yo no podía hacer nada para impedirlo?

Edén se quedó pálida. Lo miró con ojos que reflejaban un gran asombro. La tensión que flotaba en el aire se le antojó crueldad para sus nervios. Damiano suspiró con fuerza, bajó la mirada y la soltó.

Edén se levantó de la cama, agarró el camisón de la silla y se lo puso con manos temblorosas. ¿La había llamado furcia de alto nivel? Sentía una mezcla de mortificación y vergüenza en la tripa. No la deseaba... ¿por qué se había imaginado que sí lo haría? ¿De dónde se habría sacado la loca idea de que esos cinco años le iban a haber dado la destreza sexual de la que carecía? Demasiado tarde. Lo único que había conseguido era desatar la ira de Damiano, que la estaba acusando de haberse acostado con otro hombre.

–Supongo que sería con Mark... –continuó él apretando los puños–. ¡Esa maldita sabandija esperó su oportunidad!

Edén se quedó petrificada un momento, pero reaccionó y se fue al baño. Cerró con cerrojo y tomó aire con fuerza ante aquel último comentario. ¿Lo sabía? Si no, ¿por qué habría dicho que era Mark? Seguro que alguien le había contado lo de los periódicos, sucias mentiras, sobre ella que habían publicado a los pocos meses de su desaparición.

Damiano intentó abrir la puerta. Llamó.

–Edén, abre. Ya no estoy enfadado. Quiero hablar contigo.

Ella se apartó de la puerta. No tenía ninguna intención de abrirle. Tenía el cerebro destrozado, la cabeza no le daba para enfrentarse en aquel momento a aquella situación, a Damiano. Se quitó el camisón, se arrancó el sujetador y las braguitas y las arrojó al cesto de la ropa sucia con tristeza. Se quitó los zapatos de tacón y se volvió a poner el camisón. Todo había salido fatal. Todo le salía siempre fatal con Damiano.

–Edén... si no abres, tiro la puerta abajo.

No lo haría. No sería educado. Claro que las acusaciones que había vertido sobre ella tampoco habían tenido nada de educadas.

–Me vas a dejar de todas formas. No sé ni por qué me molesto en preocuparme. ¡No pienso salir! –dijo sollozando con amargura.

La puerta se abrió con un terrible estruendo y un golpe seco que la hizo rebotar en la pared que tenía detrás. Edén se quedó con la boca abierta. Se quedó mirándolo. Se había puesto los vaqueros, pero iba con el pecho al descubierto y, eso unido a la barba de tres días, el pelo largo y el brillo de sus ojos, le conferían un aspecto de lo más seductor.

–Tranquilízate… –le dijo.

Edén estaba muy lejos de calmarse, ya no podía más. Lo miró atónita, le había hecho perder los nervios. No había dudado en abrir la puerta por la fuerza. Aquello no era propio de él.

Damiano se acercó, la agarró y la abrazó con fuerza. Edén oía su corazón, como un martillo, igual de rápido que el suyo. La llevó al salón temblando como una hoja.

–¿Por qué me dices que te voy a dejar? ¿No vas a venir a Londres conmigo? Solos serán un par de días. En cuanto termine con unas reuniones, nos vamos a Italia.

–¿A Italia? –preguntó Edén dándose cuenta de que había malinterpretado sus intenciones. Se sintió aliviada.

–Una de las primeras cosas que me dijo mi hermano fue que *Nonna* murió hace más de cuatro años –Edén había olvidado que él no lo sabía. Cuando había desaparecido, su abuela se había quedado destrozada. Aquello había contribuido, sin duda, al ataque de corazón que la había matado y seguro que Damiano lo sabía–. Creo que estaba en mitad de un proyecto de restauración –continuó él intento controlar sus emociones–. Dejó dicho en su testamento que Villa Pavone debía terminarse y mantenerse hasta que yo estuviera oficialmente muerto. Como no creo que mucha gente lo sepa, espero que los periodistas no aparezcan por ese maravilloso palacio de la Toscana.

Al asimilar que Damiano quería que siguieran juntos, Edén dejó salir el aire que tenía en los pulmones y se tranquilizó, por fin.

–No debí decirte lo que te dije en la habitación –se disculpó agarrándola de la barbilla y mirándola a los ojos–. Tú creías que yo no iba a volver. Creías que había muerto. No tengo derecho a interrogarte sobre los últimos cinco años. Lo sé, pero, al despertarme, exageré…

–Pero yo seguí sintiéndome casada… yo seguí pensando en ti a pesar de que no estuvieras –protestó ella.

–Ya lo sé… he visto la capa de polvo que tenía mi foto que tienes en la mesilla –contestó él medio en broma–. Sé que no la has puesto hoy para quedar bien.

Edén se emocionó ante aquella confesión.

–¿Por qué has dicho lo de Mark?

–Supongo que nunca llegó a caerme bien –contestó él encogiéndose de hombros sin darle mayor importancia.

Edén nunca se había dado cuenta de ello. De hecho, le había pedido que contratara al joven y Damiano lo había puesto de ayudante en una finca que los Braganzi tenían a las afueras de Oxford. Sin embargo, cuando un fotógrafo sacó una foto de Mark besando apasionadamente a una mujer rubia y delgada, Mark estaba a punto de dejar de trabajar para los Braganzi. La finca era propiedad de ambos hermanos, pero Nuncio la había vendido tras la desaparición de su hermano mayor.

Edén se dio cuenta de que Damiano no sabía nada de su supuesto romance con Mark. Era imposible que hablara de él de manera tan casual si lo supiera. Además, se la llevaba a Italia con él. No era el mejor momento para empezar con las confesiones y las explicaciones. Sobre todo, porque ella no había hecho nada. Sabía que algún día, sin embargo, tendría que sacar el escabroso tema, pero, de momento, lo único que quería era estar con él.

–Damiano… no ha habido nadie…

–No necesito que me lo digas. No te lo he preguntado –contestó él muy serio.

–Pero te lo digo de todas maneras –contestó ella mirándolo a los ojos–. Simplemente para que lo sepas: no ha habido nadie.

–Si es así, ¿a qué ha venido toda esa escenita de seducción?

Edén se dio cuenta de que lo único que había conseguido con aquello había sido hacerlo sospechar.

–Sé que ha sido un desastre –respondió mirando al suelo–. Solo quería… quería hacer algo que te gustara, para variar…

–Algo que me gustara –repitió él en un tono que hizo que a ella le recorriera un escalofrío–. Algo así como una recompensa por haber vuelto vivo.

Edén se quedó pálida.

–No ha sido así…

–Te has tenido que saltar tu propia convicción de no beber para hacerlo –dijo él subiendo el tono–. Nada más y nada menos que una proposición sexual a la luz del día…

–Damiano…

–Que te quede clara una cosa antes de que nos vayamos a Italia. No quiero que hagas nada única y exclusivamente para complacerme.

–¿Cómo?

–¿Crees que me gusta verte acercarte a mí como si fueras una esclava sexual rindiendo pleitesía a su amo? –preguntó con desdén–. ¿Crees que estoy tan desesperado?

–Solo quería demostrarte lo mucho que me importas –contestó ella con desesperada dignidad apartándose de él para no ponerse a llorar.

Ante aquella sinceridad, Damiano suspiró.

–Lo siento…

–Soy yo la que lo siento por seguir siendo tan inútil…

Damiano la agarró desde atrás y la abrazó, pero ella estaba rígida de dolor.

–Eso no es verdad, *cara*…

–Sí, sí lo es… tú no me deseas –apuntó dolida.

–¡*Per amor di Dio*! ¿Crees eso? –dijo él abrazándola con fuerza–. ¿Qué crees que me hacía seguir adelante en aquella maldita cárcel? ¿El banco? ¡No, fuiste tú, la esperanza de que todavía estuvieras aquí cuando yo volviera!

Sorprendida, Edén se quedó agarrotada. Le asustaba creer aquello, pero quería creer todas y cada una de sus palabras desesperadamente. Lloró de alegría y felicidad.

–Entonces, ¿por qué…?

–¿Te grito y me enfado contigo? –dijo él dudando–. Supongo que es por la falta de sueño y porque este sitio me da claustrofobia.

Edén se sintió estúpida de repente. Cuando le había dicho que necesitaba espacio, se refería a que el piso era muy pequeño, nada más. Había vuelto a malinterpretar sus palabras. ¿Por qué lo había despertado con lo cansado que estaba?

–Vuelve a la cama –le ordenó protectoramente–. Si nos van a recoger a las siete, tengo muchas cosas que hacer…

–Claro –contestó él dejándose caer en la cama–. Supongo que tendrás que decir en el colegio que dimites… Sé que no querrás dejar a tus alumnos, pero yo te necesito más que ellos, *cara*.

Edén asumió que no era el momento de contarle que no era profesora y de hablarle de la tienda de arreglos porque tenía que dormir.

Antes de que se hubiera terminado de vestir, él ya se había vuelto a dormir. No quería alejarse de él, quería sentarse a los pies de la cama y deleitarse ante su presencia, pero tenía cosas que hacer. Le había dicho que la necesitaba. Había confesado que su recuerdo le había dado fuerzas para sobreponerse a la odisea de Montavia.

Intentó no pensar en lo que sería pasar un par de días en la casa de los Braganzi mientras hacía la maleta. Luego fue a casa de Pam Jenkinson, su ayudante, para pedirle que cuidara de la tienda, a lo que ella accedió encantada a cambio de que le contara toda la historia con pelos y señales.

Al cabo de un buen rato, Edén subió corriendo las escaleras de su casa. Una vez en el vestíbulo, se quedó helada al ver la cama vacía. Entonces, oyó a Damiano hablando en italiano por teléfono y suspiró aliviada. No podría soportar no verlo más. ¡Al separarse de él, aunque fuera un rato, sentía el absurdo terror de que se fuera a ir!

Cuando la vio, colgó el teléfono. Tenía el pelo mojado de la ducha y se había vestido. Ya no llevaba vaqueros sino un maravilloso traje gris marengo con una camisa blanca y una corbata de seda. Por un momento, al verlo así, fue como si aquellos cinco años no hubieran pasado. Era la viva imagen de un rico banquero. Estaba guapísimo, pero aquella imagen la intimidaba.

–Creí que seguirías durmiendo. ¿De dónde has sacado ese traje?

–Nuncio me lo envió a Heathrow. Mandó mis medidas por fax al sastre desde Brasil. Supongo que pensó que, si me presentaba en vaqueros, nuestras acciones bajarían. Van a venir a buscarnos media hora antes de lo previsto. ¿Dónde has estado?

Edén le contó lo de la tienda. Él escuchó con los ojos como platos.

–¿Te has estado ganando la vida cosiendo? ¿Qué necesidad tenías de caer tan bajo?

–Yo… –contestó ella sonrojada.

–He estado hablando con Nuncio. Me ha dicho que te ofreció dinero en varias ocasiones antes de que te fueras de casa, pero que tú te negaste.

El timbre del teléfono rompió el incómodo silencio.

–Responde –dijo él con impaciencia–. ¡Han estado llamando todo el rato desde que te fuiste!

Edén se apresuró a descolgarlo.

–¿Edén?

Era Mark. Llevaban un par de meses sin hablar.

–¿Mark?

–¡Menos mal que puedo hablar contigo por fin! Oye, he estado oyendo la radio y han dicho que tu marido ha vuelto a Inglaterra. ¿Es verdad?

–Sí…

–¡Es increíble! ¿Está ahí contigo?

–Sí…

–¿Me oye? –preguntó en tono de conspiración.

–Sí, ¿por qué? –dijo ella molesta.

–¿Le has dicho lo de esos fines de semana de sexo y lujuria que se supone que compartimos?

–No…

–¡No lo hagas! Hazme caso. De momento, no le digas nada. Creo que será mejor que nos veamos cuanto antes para hablar del tema…

En aquellos momentos, lo último en lo que quería pensar Edén eran en las terribles consecuencias de la aventura que Mark había tenido con Tina, la mujer de Nuncio, cuatro años atrás.

–Lo siento, pero no va a poder ser…

–Edén… no puedes huir de ello…

–¡Mira, te llamaré otro día! –dijo colgando y maldiciendo antes de que Mark dijera algo que la enfadara.

Se dio la vuelta y miró a Damiano. Mark le acababa de pedir que mintiera a su marido. ¡No hacía falta que se lo recordara! Por otra parte, se sentía mal por haberse portado así con Mark, quien se había ofrecido a hablar con Damiano si alguna vez se daba la ocasión para aclarar las cosas.

Damiano estaba tenso, con las mandíbulas apretadas. La miró a los ojos y ella bajó la mirada.

–Así que Mark, el amor de tu vida, sigue rondándote –comentó él fríamente–. ¿Qué me estás ocultando?

Aquella vez fue el timbre de la puerta lo que la salvó.

Capítulo 4

El conductor metió la maleta de Edén en la limusina.

Ella se deslizó en el coche con un gran sentimiento de culpa, pero, al recordarse a sí misma que ella solo era culpable de ser la víctima de su cuñada Tina, levantó la cabeza con dignidad.

–Te he hecho una pregunta –le recordó Damiano fríamente–. ¿Por qué tenías esa expresión de culpabilidad mientras hablabas con Mark?

–¡Sería vergüenza! –contestó ella echando la cabeza hacia atrás–. ¿Te importaría dejar de comportarte como un tirano victoriano interrogando a su mujer?

–¿Cómo?

–Mark es amigo mío y no creo que tenga que justificar nada al respecto –contestó ella desafiante–. Después de todo, nunca ha sido mi amante... no como Annabel, la ex novia a la que me restregabas por las narices prácticamente casi todos los días de nuestra convivencia.

–¡Eres una exagerada! Annabel era la mejor amiga de mi hermana. ¿Qué iba a hacer, decirle a Cosetta que Annabel ya no podía ir a casa?

–No, claro que no. ¡Nunca habrías tenido la delicadeza de hacer eso por mí! –le espetó ella dolida recordando todas aquellas miraditas y comentarios humillantes entre risas. Annabel y Cosetta se habían aliado para hacerla flaquear.

–*Accidenti*...

–Tuve que aguantar a Annabel –recordó con amargura–. De hecho, me llamaste boba, quisquillosa y rencorosa cuando sugerí que tu hermana y ella podían quedar en otro sitio que no fuera nuestra casa, ¡así que tú no tienes derecho a decir nada sobre mi amistad con Mark!

–¿Así de claro?

–Sí, así de claro –contestó ella muy enfadada. Al instante, se deshinchó como un balón. Sintió un terrible pánico al darse cuenta

de que no era el mejor momento para recriminaciones del pasado. Su relación era demasiado frágil.

–Sabía que te sentías intimidada ante la presencia de Annabel –admitió Damiano. Edén se quedó muy sorprendida–. De hecho, me gustaba que estuvieras celosa. Entonces, me gustaban los castigos de ese tipo. Una guerra de desgaste en la que tú jugabas con desventaja, *cara* –continuó él con remordimientos agarrándola de la mano–. Tú no tenías ni idea de lo que había por debajo de nuestro matrimonio, ¿verdad?

–No –contestó ella asombrada y asustada ante la confesión de que hubiera jugado con ella tan cruelmente.

–No se repetirá –le prometió apretándole la mano y acercándose a ella.

A Edén se le aceleró el corazón. Le faltaba el aliento. Se estaba tomando su tiempo. Ella no podía más, quería que la tocara.

–No hay prisa –dijo él pasándole los dedos por el pelo y haciendo que ella sintiera un deseo salvaje–. No voy a caer sobre ti como un depredador. Relájate –imposible con tantos recuerdos de él llevándola a la cama y haciéndola gozar–. Deja de temblar... Te prometo que no te voy a hacer nada que tú no quieras.

Edén lo agarró de la nuca y lo acercó.

–Bésame... por favor.

–¿Edén...?

–¡Cállate! –murmuró esperando que la besara.

Damiano se quedó paralizado durante un segundo. La agarró y la besó con una pasión ante la que el cuerpo de Edén reaccionó con gozo. Sintió que se derretía por dentro de placer.

Damiano la apartó y ella abrió los ojos y tomó aire. Era consciente de la humedad que sentía entre los muslos y de la facilidad con la que la excitaba. Intentó no avergonzarse de ello, como hacía en el pasado.

–Hemos llegado al aeropuerto –dijo mirándola.

¿No había querido siempre que demostrara algo de entusiasmo? ¿Le habría parecido poco femenino o le habría gustado? Incapaz de mirarlo por temor a descubrir que se había vuelto a equivocar, Edén no dijo nada. Se limitó a salir de la limusina. ¿Qué tipo de bienvenida le daría la familia Braganzi? Para ella, aquel encuentro no iba a ser nada fácil.

Al aterrizar en Heathrow, los guardaespaldas los estaban esperando por si aparecían los periodistas. Edén se alegró de que pudieran irse sin incidentes, pero sabía que al día siguiente iban a hacer un comunicado anunciando el regreso de Damiano. Todos los paparazzi los perseguirían para conseguir la primera foto del aparecido.

Edén se secó el sudor de las manos en el vestido. ¿Y si algún periodista comentaba las acusaciones que se habían vertido sobre ella a los tres meses de su desaparición? Se le congeló la sangre en las venas. Aquella fotografía parecía que no dejaba lugar a dudas. La cara de la mujer a la que estaba besando Mark no se veía, pero sí el coche en el que estaban apoyados, que era el de Edén.

Edén se sintió cansada de repente, todo el peso de aquel día se le fue encima. Entraron en la casa por la puerta de atrás. Al entrar, Damiano la miró.

–No creo que sea una buena idea que os pongáis a hablar de viejas diferencias esta noche. Todos estamos muy cansados.

Con toda su buena intención, lo que le estaba dando a entender es que esperaba que limaran sus diferencias pronto.

No le dio tiempo a decir nada porque vio una foto enorme de Annabel Stavely en una mesa. La guapa pelirroja tenía entre sus brazos a un niño moreno, seguramente su hijo. Damiano le abrió la puerta del salón y ella entró intentando convencerse de que le importaba un comino que la familia Braganzi prefiriera a la ex novia. Al entrar, se encontró con tres personas. Nuncio se levantó hacia ellos. Aunque era cuatro años más joven que su marido, parecía mayor. Era rechoncho, corpulento y de ojos castaños.

–¡Bienvenido a casa! –exclamó abrazando a su hermano.

Seguramente, se habría pasado todo el camino de vuelta desde Brasil abrazándolo. Edén tuvo que reconocer que lo adoraba. Cosetta, ocho años más joven que Damiano, se quedó junto al fuego mirando a Edén con disgusto.

Tina, la mujer de Nuncio, se acercó con una sonrisa incierta, como insegura, pero queriendo agradar. Siempre se había llevado bien con Damiano y, por eso, se había portado bien con Edén cuando se casaron.

La italiana era pequeña y rubia, como Edén, pero no se parecían en nada más. Ella tenía la cara ovalada y los ojos azules.

–¿Qué tal estás, Edén?

–Edén está exhausta por todas las emociones, así que estoy seguro de que no os importará que se vaya a la cama –intervino Damiano contestando por ella–. ¿Te importaría acompañarla, Tina?

Edén se fue en compañía de Tina. Era irónico. Damiano había creído que la estaba haciendo un favor porque habían sido amigas.

–Bueno... es toda una sorpresa que hayas vuelto aquí con Damiano, ¿verdad?

Aquella vocecilla de niña pequeña hizo que Edén sintiera un escalofrío por la espalda. Aquella mujer había construido a la perfección su imagen de camuflaje mucho antes de que ella llegara a la familia. Nuncio la había conocido cuando era un estudiante y ella resultó ser siete años mayor que él. Tina se quedó embarazada rápidamente y lo convenció para casarse a espaldas de su hermano mayor.

–¿Qué tal está mi sobrina Allegra? –preguntó Edén ignorando el comentario de la otra.

–Bien. Está interna –contestó Tina molesta porque le preguntara por su hija de seis años.

No la consolaba en absoluto haber descubierto cómo era Tina en realidad. Recién casada con Damiano, se había alegrado mucho al creer que había encontrado una amiga en su cuñada, pero el tiempo le demostró que Tina era capaz de hacer lo que fuera para protegerse, aunque fuera lo más bajo.

Al llegar a las habitaciones, Edén fue hacia la que había sido la suya.

–Lo siento, pero esta es la que ocupa Annabel cuando viene con Peter –se disculpó Tina–. Todavía no me ha dado tiempo a cambiar las cosas.

Aquello era increíble. ¿Annabel Stavely y su hijo se quedaban en la habitación principal cuando iban de visita?

Tina la condujo a una habitación de invitados en el mismo pasillo.

–No me has perdonado, ¿verdad? –preguntó Tina suspirando.

–No creo que debamos hablar del pasado.

–Pero no puedes ignorar lo que está sucediendo. ¡Nuncio se muere por contarle a Damiano lo de Mark y no se va a callar por ti!

–¿Por mí? ¡Fuiste tú la que tuvo la aventura con Mark!

–Sin comentarios –contestó Tina de manera ridícula.

–Hace cinco años, la prensa dio por hecho que la rubia de aquella fotografía era yo y yo te encubrí –le recordó molesta por su burla–. ¡No quería hacerlo, pero tú me convenciste de que sería muy egoísta por mi parte decir la verdad y hacer que Nuncio y tú tuvierais problemas!

–Y así habría sido. ¡Yo tenía que preocuparme por Allegra y, además, no creí que Damiano fuera a volver nunca! –se defendió Tina–. Por supuesto, te estoy agradecida por lo que hiciste...

–Sí, tan agradecida que, en cuanto pudiste, te uniste a Nuncio y a Cosetta en sus ataques contra mí –la interrumpió Edén dolida ante aquellos recuerdos–. ¡Me tuve que ir de esta casa y tú te alegraste tanto como los demás de ello!

–¿No entiendes que estaba asustada de que Nuncio pudiera sospechar de mí si no le seguía el juego?

–Lo único que entiendo es que, además de sufrir por mi marido, tuve que aguantar un castigo por algo que yo no había hecho. Solo quiero que sepas que, si este tema vuelve a salir a relucir, le diré a Damiano la verdad...

–¡Y yo diré que estás mintiendo! ¿Quién te iba a creer después de tanto tiempo? Recuerda que te apoyaste en Mark cuando Damiano desapareció. Eso es lo que los demás recuerdan.

Edén se quedó pálida. Qué tonta había sido por haber encubierto a su cuñada cinco años atrás. Tina la había convencido diciéndole que estaba arrepentida y que seguía queriendo a Nuncio con locura. Hizo que Edén se sintiera culpable si no la ayudaba. Ella creía que Tina era su amiga. Lo único que tenía que hacer era no decir que aquella mujer no era ella. Desgraciadamente, las consecuencias habían sido mucho peores de lo que Edén había supuesto.

–Sinceramente, no creo que Damiano fuera a contárselo a Nuncio... por Dios, Tina –murmuró Edén desesperada–. Te dije que, si Damiano volvía algún día, le diría la verdad y tú estuviste de acuerdo.

–Claro –contestó su cuñada con una sonrisa malévola–. ¡Me casé con un zoquete, pero un zoquete muy rico y no hay nada que no haría por seguir con él! –Edén se quedó mirándola enfadada por lo que acababa de decir de Nuncio–. Nadie creerá que yo he sido infiel a mi marido, así que no me amenaces...

–No te he amenazado...

–Bueno, te vas a llevar una buena sorpresa –murmuró Tina con veneno–, de la que no te puedo adelantar nada porque lo he prometido. Espera y piensa, a ver si tu matrimonio tiene futuro antes de cargarte el mío.

Cuando la rubia cerró la puerta triunfante, Edén se quedó pensativa. ¿Una buena sorpresa? ¿De qué estaría hablando? Edén se dio una ducha e intentó olvidarse de Tina. Menos mal que Mark no tendría problema en reconocer su aventura. Se tranquilizó.

Al volver de la ducha, su maleta seguía donde la había dejado, algo raro en una casa en la que el servicio se ocupaba de esas cosas inmediatamente. Edén se puso el camisón y se metió en la cama preguntándose cuánto tardaría en subir Damiano a dormir.

La despertó su voz. Edén encendió la luz y se lo encontró maldiciendo porque se había tropezado con la maleta.

–¿Por qué no ha venido alguien a deshacer tu equipaje? ¿Y por qué te has instalado en una habitación que está tan lejos de la mía? –le preguntó enfadado apartando las sábanas y agarrándola en brazos.

–¿Qué haces...?

–Vamos a dormir en la misma habitación y en la misma cama –contestó él ya en el pasillo.

–Yo no tenía ninguna intención de dormir sola –contestó ella cuando la depositó en su cama.

–¡*Per meraviglia*! ¿Se supone que me tengo que creer eso?

Se quitó la chaqueta mientras agarraba el teléfono interno para hablar con alguien del servicio. Mientras lo hacía, se quitó la corbata y se desabrochó la camisa. Edén se derretía. Aun furioso, estaba de lo más guapo. Se quedó sin respiración cuando él dejó caer la camisa. Un metro y noventa y cinco centímetros de piel morena y masculina, hombros anchos, pecho musculoso, tripa dura.

De repente, Damiano la miró agresivo.

–¿Qué?

–¿Perdón?

–¿No pretenderás que me vaya al baño a desnudarme? ¡Cierra los ojos!

–Pero Damiano, yo no estaba...

–Llevo casi cuarenta y ocho horas sin dormir –dijo en tono

salvaje–. ¡Métete bajo las sábanas, date la vuelta y haz como si estuvieras sola!

A Edén le rechinaron los dientes mientras obedecía. ¿Por qué siempre había malentendidos entre ellos?

–No soy tan puritana como antes. ¡He madurado mucho! –se defendió.

Damiano apagó las luces y se acerco a ella, agarrándola con ambas manos.

–Las mujeres maduras no necesitan vodka, *cara* –le susurró entre el pelo–. Si hubiera tenido un problema de ego, gracias a ti me habría hecho impotente. Me pasé siete meses escuchando las excusas más peregrinas para no tener relaciones sexuales y, luego, cinco años entre la cárcel y la cantina. ¡Seguro que era el único que tenía fantasías con su mujer en camisón porque nunca la había visto desnuda! –temblando de mortificación y con lágrimas en los ojos, Edén tragó saliva con fuerza. Damiano dejó escapar un bostezo–. Pero me quieres. A tu manera, los zapatos que llevabas esta tarde eran un símbolo de entrega. De momento, me quedo con eso.

¿De momento? Edén abrió los ojos, consciente de su cercanía, de su olor masculino, de su calor. Volvió a tragar saliva. Lo deseaba tanto... Se mojó los labios.

–No necesito vodka... –dijo.

El silencio fue lo único que se oyó. Edén se quedó escuchando su respiración y dejó caer su mejilla sobre la mano de Damiano, que descansaba sobre la almohada. Había vuelto. Ya era suficiente. Todo lo que quisiera, lo tendría... la próxima vez, no se mostraría tan dispuesta. Eso era todo. Lo quería tanto... ¡Ni siquiera aquella maldita familia podría separarlos!

Damiano la despertó al amanecer. Él ya estaba vestido.

–Tengo rueda de prensa a las diez –anunció.

–Ah... –contestó ella pálida ante la idea.

–Va a ser un circo, así que no es necesario que vengas, *cara* –le dijo sentándose en el borde de la cama–. Por la tarde, tengo un montón de reuniones con los del banco y con los abogados. Creo que sería mejor que fuéramos a Italia cada uno por nuestra parte.

–¿Por qué?

–Porque no quiero que los periodistas se enteren de dónde vamos. Uno de mis guardaespaldas te acompañará en un vuelo

privado esta tarde. Yo iré a la villa... seguramente mañana.

Llamaron a la puerta.

Un rayo de exasperación cruzó su preciosa cara. Damiano se levantó y fue a ver quién era. Edén oyó la voz de Nuncio.

Antes de irse, Damiano la miró sonriendo.

–Parece ser que la villa es más grande que una madriguera, pero no es una comuna –le dijo de lo más natural.

Solo tenía unas horas antes de irse a Italia. Edén sonrió encantada. Una doncella le llevó el desayuno a la cama. Sonó el teléfono.

Era Mark.

–¿Cómo demonios sabes dónde estoy? –preguntó confusa.

–No me costó mucho. Hubo un tiempo en el que yo iba bastante a esa casa –le dijo él impaciente–. Mira, he venido a Londres solo para verte.

¿Por qué no iba a verlo antes de irse? Después de todo, era un buen amigo que se había ofrecido a ayudarla sin algún día lo necesitaba. Seguro que le gustaba oír la historia de cómo Damiano había vuelto a casa y, además, tenía que decirle que Tina estaba decidida a mentir si todo aquello salía a relucir.

Mark le sugirió que se vieran en su hotel. Edén llamó un taxi y salió por la puerta de atrás de la casa. Mark, tan elegantemente vestido como siempre, la estaba esperando en el vestíbulo.

–Me alegro mucho de verte –le dijo Edén acompañándolo a uno de los salones.

–Cuéntame qué ha pasado en la casa –le pidió Mark tras pedir té para ella y un refresco para él.

–Te iba a preguntar primero qué tal estás. Hace tiempo que no sé nada de ti –contestó Edén molesta.

–Me parece que tu situación es más importante.

–Bueno, aquello que me advertiste ha sucedido. Me dijiste que estaba loca por confiar en Tina y tenías razón. Me ve como la peor de sus enemigas y Nuncio quiere que confiese ante Damiano. Cuanto antes se aclare todo, mejor.

–¿Quieres que yo diga que tu versión es cierta?

–Espero que no tengamos que llegar a eso. Sé que sería embarazoso para ti –contestó Edén sonrojándose.

–Le diré a Damiano lo que tú quieras, pero eso tiene un precio.

–¿Cómo? –dijo Edén frunciendo el ceño.

–Déjame que te cuente algo –dijo él mirándola–. Mi amiga de toda la vida se casa con un tipo inmensamente rico y, ¿qué hace por mí?

Edén se quedó rígida.

–¿Dónde quieres ir a parar?

–¡Me conseguiste un trabajo miserable en una finca de los Braganzi! Y cuando te pedí dinero para montar una empresa me dijiste que Damiano creía que era demasiado joven como para embarcarme en algo así.

–No sabía que siguieras molesto por aquello... –contestó ella recordando lo ocurrido al poco de haberse casado con Damiano.

–No, claro. Damiano desapareció poco después y yo me di cuenta de que la señora Braganzi era una inversión a largo plazo que había que mimar –se rio–. Dos años más y Damiano habría sido dado por muerto oficialmente. ¡Por mucho que su familia se hubiera opuesto, tú habrías heredado la mayoría de las pertenencias de Damiano! ¿Te habrías mostrado más generosa entonces, Edén? A eso es a lo que yo estaba esperando...

–No me puedo creer que lo estés diciendo en serio. Te portaste tan bien conmigo cuando él desapareció...

–Sí, pero esta vez, tendrás que pagarme. No pienso admitir que tuve aquella aventura con Tina a menos que me recompenses. Si no lo haces, me pondré del lado de Tina y te hundiré...

–¡Eso es repugnante! –gritó.

–Piénsatelo mucho antes de decirme que siga adelante –le aconsejó Mark.

–Me estás haciendo chantaje...

–Quiero... –continuó él diciendo una cifra de dinero tan desorbitada que hizo palidecer a Edén–. No todo de golpe, por supuesto, pero espero un primer pago como fianza de tus buenas intenciones. Como siempre me has contado todo, sé exactamente lo que tienes en el banco. Ya no vas a necesitar ese dinero, así que puedes hacerme un cheque...

–Mark, por favor...

–Elige. Tina no se lo pensaría un momento si le fuera con lo mismo –le advirtió–. Si fuera así, ya puedes despedirte de Damiano.

Imaginarse a Mark y a Tina conspirando juntos para destrozar su

matrimonio, hizo que Edén se sintiera acorralada y con náuseas. ¿Cómo iba a creerla Damiano si todos los demás aseguraban que era culpable?

Con manos temblorosas, Edén sacó la chequera del bolso. Sin mirar a Mark, dejó el cheque sobre la mesa, se levantó y salió del hotel.

Capítulo 5

Edén, completamente conmocionada por lo ocurrido, deambuló por las tiendas un rato hasta que se recobró un poco. Se recriminó por no haberse dado cuenta del rencor de Mark. ¡Había confiado en él por completo y la estaba chantajeando!

¿Cómo iba a salir de aquella pesadilla? Se avergonzó de haber cedido ante sus amenazas. Todo se debía a su estupidez. Para empezar, no debería haberse callado cuando ocurrió lo de las fotos. No debería haber protegido a Tina, quien se había aprovechado de su desesperación por haber perdido a Damiano.

De repente, mientras cruzaba por el departamento de electrónica de unos grandes almacenes, vio a Damiano en varios televisores a la vez. Era la rueda de prensa. La gente se agolpaba para verla. Allí estaba él, con su hermano Nuncio y un par de directivos del banco. Qué bien quedaba ante la cámara. Contestaba con seguridad y humor.

Se sintió terriblemente culpable por no estar con él. Se había sentido muy aliviada cuando Damiano la había liberado de tener que acompañarlo. La verdad es que, desde el escándalo de las fotografías, tenía pánico a los medios de comunicación. Se recriminó el no haber luchado contra ellos en vez de huir.

Al volver a casa, se dio cuenta de que se le había hecho muy tarde. Cuando estaba cruzando el vestíbulo, apareció Tina.

–Tienes diez minutos para arreglarte antes de irte a Italia en tu segunda luna de miel –dijo la rubia.

–¿Ha vuelto Damiano?

–No, pero ha llamado. Quería hablar contigo y no le gustó mucho que no estuvieras –contestó con una sonrisa maliciosa–. Me tomé la molestia de llamarlo para decirle que, justo antes de irte, llamó Mark para hablar contigo.

Sorprendida por el veneno de su cuñada, pero dispuesta a no contestar, Edén subió a toda prisa a cambiarse. Una hora más tarde, estaba entrando en el aeropuerto con un guardaespaldas. Lo que

ocurrió a continuación la pilló completamente por sorpresa. Un fotógrafo salió de la nada y le hizo una foto, que la deslumbró. En menos de un minuto, una nube de reporteros la rodearon y comenzaron a hacerle preguntas.

–¿Por qué no estaba usted con su marido en la rueda de prensa?

–¿Está su matrimonio pasando por un mal momento, señora Braganzi?

–¿Por qué la familia Braganzi fue a Brasil sin usted?

–¿Por qué se ha escondido todos estos años?

Si los guardas de seguridad del aeropuerto no hubieran acudido en su ayuda, no podrían haber escapado nunca. Edén no respiró tranquila hasta que su avión privado no despegó rumbo a Italia. Alguien tenía que haberle dicho a la prensa que iba a estar en el aeropuerto. ¿Quién? ¿Tina? ¿Quizás fueran solo imaginaciones suyas?

Sus peores pesadillas se estaban haciendo realidad. Damiano había levantado mucha expectación y, por tanto, su matrimonio interesaba a la opinión pública. Su ausencia en la rueda de prensa había levantado sospechas. ¿Cuánto tardaría el viejo escándalo en salir a la luz de nuevo?

Aquella misma tarde, el mismo coche que la había recogido en Pisa, subió por una carretera de montaña y enfiló una gran avenida rodeada de cipreses. Edén divisó un lago cuya superficie parecía un espejo y vio por primera vez Villa Pavone.

El maravilloso edificio estaba situado en lo alto de la colina. Los adornos de estuco y una hilera de columnas embellecían el ya de por sí impresionante frontal de la villa. Al salir del coche, la calidez del verano la envolvió. Olía a cítricos y había pavos reales por los jardines.

Edén sonrió y se dirigió a la puerta principal. Allí no había periodistas, los había dejado atrás, en Londres, con los terribles parientes de su marido y Mark, se recordó encantada. En unas horas, Damiano, estaría con ella.

Entró en un vestíbulo fabuloso, tan grande que sus pisadas hacían eco. Las paredes estaban pintadas con maravillosos frescos. El techo también estaba pintado.

–¿Dónde diablos te habías metido esta mañana?

Edén se pegó un buen susto. Se giró muy sorprendida. Damiano estaba en el quicio de una puerta que ella no había visto.

–¿Ya estás aquí? –preguntó encantada aunque sorprendida.

Estaba guapísimo con unos chinos de color beis y una camisa de algodón de manga corta color crema, que acentuaban el moreno de su piel y su pelo negro. Damiano la miraba con dureza en los ojos y la mandíbula apretada.

–Estabas con Mark...

–Sí –contestó, decidida a decir la verdad hasta donde pudiera.

–¿Durante horas? –le espetó enfadado–. Casi pierdes el vuelo.

–No, me dio tiempo de sobra –contestó con las palmas de las manos empapadas de sudor. La felicidad dio paso a la tensión–. Además, no he estado con él todo el tiempo. Estuve mirando tiendas...

–Mientes.

La convicción con la que Damiano lo había dicho la intimidó. No era una pregunta sino una afirmación para tirarla de la lengua.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Edén con la boca seca.

–Dime la verdad –le dijo con frialdad.

–Yo...

–¿Qué? –explotó él.

–Estuve dando una vuelta por las tiendas porque estaba enfadada y se me hizo tarde –contestó Edén–. Nada más –se encogió de hombros–. Quedé con Mark porque hacía tiempo que no nos veíamos... y no me gustó lo que me dijo. Por eso, no voy a volver a verlo más.

Edén se dio cuenta de que aquello había dejado desconcertado a Damiano.

–¿Qué?

Edén se cruzó de brazos en un gesto de defensa.

–Mira, ya ha sido suficientemente desagradable descubrir que Mark no era el maravilloso amigo que yo había creído siempre que era. ¡No me apetece tenértelo que contar y volver a sentirme como una imbécil!

–¿Has decidido poner fin a vuestra amistad? ¿Cuándo lo has decidido? –preguntó Damiano, quien parecía tener dificultades para creerlo–. ¿Ahora mismo, porque has visto que me había enfadado?

–Mira, eres un paranoico…

–Solo te he pedido una explicación…

–Y yo te he dicho, educadamente, que no voy a entrar en detalles. Mark no es lo suficientemente importante como para que discutamos por culpa suya.

–*Santo cielo…* no estoy discutiendo… ¿dónde vas? –rugió Damiano al ver que Edén se dirigía a la puerta.

–Voy a volver a salir y voy a volver a entrar. A ver si, así, me recibes de otra forma más cariñosa.

Se hizo un silencio tan profundo que se podría haber oído una pluma cayendo.

Edén lo oyó tras ella, pero la pilló por sorpresa que la levantara del suelo, encontrarse entre sus brazos. El mundo le dio vueltas por un momento y se tropezó con su mirada dorada. En ese instante, se quedó sin aliento y perdió el sentido común. Sintió un repentino deseo en su interior, que hizo que se le disparara el corazón y el pulso.

Damiano sonrió.

–¿Te gusta más este tipo de recibimiento, *tesoro mio*?

La besó en el cuello. Edén sintió que todo el cuerpo se le tensaba. Le puso una mano en el pelo y sus bocas se encontraron. Al cerrar los ojos, le pareció ver fuegos artificiales. Estaba tan caliente, tan excitada, que se aferró a él. Él la sentó en una superficie fría, la agarró de las rodillas y le abrió las piernas para estar más cerca.

Edén gimió al tiempo que dejaba que sus dedos corretearan bajo el vestido por sus muslos. Temblaba, con un apetito sexual que la quemaba. Damiano la agarró de las caderas y abrió los ojos para mirarla.

–Demuéstrame que no necesitas vodka –la invitó.

Por un segundo, el deseo dio paso a la sorpresa. ¿Cómo? ¿Aquí? ¿Ahora? ¿En una mesa de mármol? Entonces, se encontró con aquellos ojos oscuros que la perseguían desde la primera vez que los vio. Literalmente, se derritió. Volvió a perder el sentido común y, si el mundo se hubiera terminado en ese mismo momento, no le habría importado.

–No me refiero a hacerlo aquí –rio Damiano.

La bajó de la mesa y la condujo hacia la puerta por la que había aparecido él un rato antes. A ella le flaqueaban las piernas, sentía

todas y cada una de sus células vivas por la tensión sexual. Sus pisadas retumbaron al cruzar otra amplia estancia de columnas de mármol, lámparas de cristal y enormes cuadros. Damiano abrió una puerta que daba a una espectacular escalinata que conducía al primer piso.

Al llegar arriba, Damiano la hizo pasar a una habitación que parecía un hangar, un hangar con una cama. Una cama enorme coronada por un gran dosel dorado desde el que colgaba una tela exquisita.

–Aquí podrás ser la princesa de tu cuento de hadas.

–Estar aquí contigo ya es bastante –contestó ella.

Damiano la miró entre las pobladas pestañas de una manera tremendamente sensual. Le puso las manos en los hombros y le dio la vuelta con delicadeza. Al bajarle la cremallera del vestido, ella se quedó sin respiración. La luz entraba a raudales por las cristaleras. Sintió vergüenza, pero no quería correr a cerrar las cortinas y dejar la habitación a oscuras.

Comparó el cuerpo voluptuoso de Annabel con el suyo, mucho más escurrido. En su obsesión por esconder lo que a ella le parecía un cuerpo imperfecto, había olvidado lo único que realmente importaba: Damiano se había casado con ella, la había elegido a ella, no a Annabel Stavely.

Sintió que le bajaba una manga y dejaba uno de sus hombros al descubierto. Edén cerró los ojos con fuerza.

–*Santo cielo*… –murmuró Damiano–. Me muero por ti… *cara*.

Le agarró el pelo y se lo levantó dejando que su experta boca recorriera la nuca de Edén.

–Ah…

–Te va a encantar –le prometió él.

Su voz la atontaba. Dejó escapar una exclamación cuando el vestido cayó al suelo. Luchó contra el instinto de taparse con los brazos. Sentía los pezones que se le clavaban en el sujetador. Sabía que se moría de deseo y comenzaron a fallarle las piernas.

–Lo estás haciendo muy bien –le dijo Damiano–. Estás como un caballo de carreras a punto de saltar, pero sigues aquí.

–Sin vodka –susurró ella intentando imitar su sentido del humor, pero con la voz temblorosa.

–Abre los ojos, *cara* –le indicó él quitando de en medio la ropa

que estaba en el suelo–. Disfruta viéndome mirarte.

Estaba yendo demasiado lejos demasiado rápido. Edén sabía que tenía el pecho pequeño, unas caderas un poco rellenitas para el resto del cuerpo y unas piernas de lo más normales.

–¡No puedo!

–¿Prefieres dormir sola en esta habitación esta noche?

–¡No! –gritó con fuerza abriendo los ojos.

–Lo conseguí... –comentó él con satisfacción mirándola a la cara. Edén estaba sonrojada–. Te he engañado. No ibas a dormir sola aunque quisieras.

–¿Ah, no? –preguntó ella enarcando una ceja.

Damiano la agarró en brazos y la depositó en la cama. Edén se quitó los zapatos y tiró de las sábanas para taparse.

–No, no –dijo él echando la ropa de cama a un lado–. Menuda reacción más tonta, ¿verdad? Ya sabes que la falsa modestia no va conmigo, *cara*.

En vez de quedarse tumbada en bragas y sujetador, Edén se agarró las rodillas con fuerza e intentó decir algo gracioso.

–Yo, yo, bueno...

–No digas nada –dijo él divertido–. ¡Puede que a ti no te guste tu cuerpo, pero a mí me encanta!

Ella lo observó y volvió a sentir que se derretía. No puso demasiada atención en lo que había dicho, pero le quedó claro que la deseaba. Había sentido su excitación contra su cuerpo, la prueba física de su deseo. Lo vio quitarse la camisa. Bajó la mirada, pero se sentía tan atraída por su belleza masculina como siempre. Damiano no tenía vergüenza. Edén adoraba aquella decisión que emanaba, no como ella.

Cuando él se bajó la cremallera de los chinos dejando al descubierto la tripa dura cruzada por una hilera de vello, Edén sintió una punzada de deseo. Aquel hombre era todo energía e intensidad. Damiano apartó los pantalones. Ella observó su espalda, morena, sus caderas, sus calzoncillos, sus muslos cubiertos de pelo. A diferencia de cómo había hecho otras veces, no desvió la mirada. En realidad, sentía una brutal curiosidad por verlo completamente desnudo, aunque le daba vergüenza que él se diera cuenta.

Damiano se quitó los calzoncillos y ella sintió que la cara le ardía. Su erección la intimidaba, pero de una manera cálida, que la

hacía estremecerse. De repente, se sintió avergonzada de su propio deseo y bajó la cabeza. Lo único que veía eran los pies de Damiano, que se acercaban a la cama.

Sintió el peso de su cuerpo en el colchón. Seguían en silencio y ella seguía con la cabeza entre las rodillas.

–Eres una tramposa –dijo él echándola hacia atrás y recostándola sobre las almohadas.

–¿Cómo? –dijo ella desconcertada.

Damiano puso una pierna entre las suyas y la mantuvo allí, bajo su peso. Le pasó un dedo por el labio inferior.

–Te he visto mirándome –lo tenía a unos milímetros. Se puso roja como un tomate y se le secó la boca–. Y... me parece que te ha gustado lo que has visto.

–No...

–¿No? –preguntó él irónico.

–Quiero decir, sí, pero...

–Nada de peros –contestó besándola dulcemente. Lo único que conseguían aquellos besitos era que su cuerpo se impacientara. Ella quería más y se revolvió bajo su peso.

–Dime que me deseas –dijo Damiano.

–¿Qué? –dijo ella aterrada.

–Quiero oírlo... –dijo él tirando su sujetador. Se lo había quitado sin que se diera cuenta.

–¡Damiano!

–No, *cara*... –dijo agarrándola de las muñecas antes de que le diera tiempo de taparse los pechos–. Eres preciosa... eres muy bonita y yo necesito mirarte tanto como te gusta a ti mirarme a mí.

Edén tembló y se sintió horriblemente vulnerable. Se miró los pechos, pálidos, con los pezones rosados vergonzosamente en punta. Entonces, vio que él estaba mirando lo mismo como un tigre hambriento, con una mirada tan intensa que se sorprendió. Le había soltado las muñecas, pero ya no sentía la necesidad de taparse. Lo miraba fascinada. Arqueó ligeramente la espalda y movió las caderas. Se sentía como una extraña, una mujer seductora bajo una mirada masculina tan erótica.

Solo la estaba mirando, pero aquello bastaba para que se abrasara por dentro. Damiano levantó una mano y la posó en su sensible piel. Bajó la cabeza y le rozó el pezón con la punta de la

lengua haciendo que el cuerpo de Edén respondiera.

—¡Te deseo! —gimió ella invadida por oleadas de apetito sexual.

Damiano la recompensó con una sonrisa lobuna que hizo que se le saltara el corazón y que la llenó de amor al tiempo que se derretía.

—Eres toda mía —dijo él en un hilo de voz—. Eres la única mujer con la que he estado que solo ha sido mía. Eso me excita.

Su boca se encontró con la de Edén con una pasión que ambos necesitaban. Con los latidos de su corazón retumbándole en los oídos, Edén gimió cuando él la acarició los pechos y ella hundió sus dedos en su pelo. Todo lo que le daba aquella boca le parecía poco. Se arrimó a él, sin prejuicios, dejándose llevar.

—Por favor… —rogó sin voz deseando volverlo a besar.

—Has cambiado mucho —gimió con la respiración entrecortada. Con manos impacientes, le quitó las bragas.

Edén nunca se había sentido tan desnuda y no era por la luz del día. La anticipación de lo que iba a suceder la embriagó. Él la arrojó de espaldas contra las almohadas mientras su boca y su lengua recorrían sus pechos con una maestría que ella desconocía. Aquello la volvió loca.

—¡Nunca creí que te vería así… muerta de deseo por mí! —exclamó él—. Edén… Edén…

Al oírlo decir su nombre gimiendo, sintió todavía más calor. Nunca había sentido aquella fiebre que la abrasaba. Con seguridad, él bajó una mano hasta la humedad de su cuerpo, lo que hizo que Edén gritara de placer.

Sus ojos se encontraron. Damiano observaba todas y cada una de sus reacciones. Por un momento, la mente de Edén intentó retomar el control, pero le fue imposible.

—No… no puedo evitarlo —dijo sin saber si se estaba disculpando y por qué.

—Lo sé…

Su cuerpo se consumía por la pasión, completamente controlado por sus expertas caricias, que se estaban convirtiendo en un tormento porque quería mucho más. El deseo era tan grande que la estaba devorando viva.

—Por favor… —rogó.

Con un movimiento delicado, Damiano se puso sobre ella con la

misma ansia. Se miraron a los ojos y, al sentir su penetración, gimió y experimentó una sacudida brutal. Estaba disfrutando tanto que, por un momento, temió desmayarse de placer. La respuesta de su propio cuerpo estaba siendo espectacular. Damiano la llevó a alturas que ella desconocía. Conmocionada por la intensidad que la desintegraba en un millón de partículas, sollozó y se volvió a dejar llevar de nuevo.

Edén tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaba sorprendida. Nunca se había imaginado que fuera capaz de sentir tantísimo placer.

Damiano se apartó y la abrazó. La besó sin parar y la miró.

–¿De verdad que hace cinco años no te dabas cuenta de que nos faltaba algo?

–¿Quieres decir que... es siempre así? –gimió.

–Muchas veces, pensé en ponerte alcohol en el zumo de naranja para que te dejaras llevar en la cama, pero sabía que no me lo perdonarías –contestó Damiano acariciándole las mejillas–. No te relajabas, tenías tantos prejuicios. Heriste mi ego masculino donde más duele. La única mujer a la que no era capaz de satisfacer era a mi propia esposa...

–Yo estaba feliz con... bueno... ya sabes –murmuró ella. ¿Cómo iba a saber entonces que había más? Recordó el placer de entonces, que palidecía en comparación con lo que acababa de experimentar. Recordó que le gustaba más el principio que el final y vagos sentimientos de insatisfacción, pero le parecía normal. Desde el principio, había asumido que hacer el amor era más satisfactorio para él que para ella.

Sin embargo, había sido algo más. Desde el principio, se había sentido como una intrusa en aquella casa, aquella familia la consideraba una pobrecilla y también estaba Annabel, la ex novia que no paraba de recordarle que era de una clase social más baja. Entonces, había culpado a Damiano de su infelicidad y había decidido no sobreponerse a sus prejuicios sexuales.

Damiano se arrimó a ella, haciendo que ella sintiera todo su cuerpo.

–El sexo era un tema tabú. Una vez me dijiste que ya era

suficiente con tener que practicarlo como para, además, tener que hablar de ello –le recordó él.

–No le daba importancia… no lo entendía –confesó en voz baja. Lo besó en el hombro, completamente arrepentida. Cuánto lo quería. Y pensar que había estado a punto de perderlo. Le estaba plenamente agradecida por haber decidido volver con ella y darle otra oportunidad.

–El pasado está olvidado –dijo él.

De repente, Edén sintió la necesidad de preguntarle si era cierto que había pensado en divorciarse de ella, como había sugerido su familia. Dudó, no sabía si podría aceptar una respuesta afirmativa al respecto. Si le decía que sí, tal vez sintiera que estaba en período de prueba. No, era mejor no preguntar ciertas cosas.

Damiano la sacó de sus pensamientos abrazándola. Se puso bajo ella con delicadeza para que Edén sintiera su renovada erección.

–Cuando te dije que no iba a caer sobre ti como un animal hambriento de sexo, era mentira… me estaba volviendo loco –confesó Damiano–. ¡Llevaba tanto tiempo sin hacerte el amor que no arrancarte la ropa el primer día en la limusina fue todo un reto!

–¿De verdad? –dijo ella sonrojándose y sintiendo un repentino deseo. Él la besó y Edén volvió a dejarse hacer con aterradora facilidad.

–No quería asustarte… quería jugar, quería que tuviéramos que esperar…

–Se acabó esperar –dijo ella jadeando–. Basta de juegos.

Damiano, con toda su sangre italiana, la observó y se dio cuenta de que Edén estaba fuera de control. Mientras la tocaba, el placer lo fue invadiendo todo.

Una hora más tarde, después de haberse saciado, Damiano anunció con energía que tenía hambre y llamó al servicio para que les llevara algo.

–Servicio como en casa… ya veo –bromeó Edén agarrando el amplio albornoz que él le había dejado sobre la cama.

–Obviamente, no te gustaban ese tipo de servicios… –dijo él con el ceño fruncido.

–¿Qué quieres decir? –dijo ella percibiendo su tono de censura.

–Bueno, vamos a ver… –contestó él secamente–. ¡Te quitaste mi apellido, te fuiste de casa de mi familia y preferiste vivir de la

costura! Eres profesora. Si tenías que trabajar, ¿por qué no lo hiciste de profesora, algo más apropiado para tu clase social?

Edén estaba rígida. Se anudó el cinturón del albornoz, salió de la cama y lo miró enfadada.

–¡Eres un esnob!

–¡Por supuesto que no! –le espetó Damiano–. Al rechazar la ayuda de Nuncio, también rechazaste todo lo que yo te di...

–¿Tu apellido ilustre? –preguntó ella furiosa. Estaba tan enfadada que estaba temblando–. ¿Tu horrible familia? ¿Qué me diste? ¡Un montón de joyas, un coche ostentoso, muchas tarjetas de crédito! Aquello no me hacía feliz.

–¿Ah, no? –dijo él apretando los dientes.

–No, no era feliz allí. ¡Lo aguantaba porque te quería! –contestó con los puños apretados–. Cuando desapareciste, habría sido como ser una fulana... Si hubiera intentado encontrar trabajo de profesora, habría tenido que decir quién era y estoy segura de que no me lo habrían dado. La gente te trata como a una leprosa cuando tu marido ha desaparecido...

–Basta ya de melodramas.

–No, tú no sabes lo que tuve que pasar. La gente no sabe qué hacer con una mujer en mi situación. ¡Les aterra que te vayas a ir abajo y les vayas a poner en un compromiso... aunque prefieren eso a que les cuentes con pelos y señales tu dolor! –dijo furiosa–. Quería intimidad y la única manera de conseguirlo era ganarme la vida en algo que no llamara la atención.

–¿Y no podías haber elegido otro trabajo?

–¡Te advierto que me gano la vida muy bien! Y volveré a hacerlo si te pasas de la raya.

En el silencio sepulcral que siguió a aquella amenaza, llamaron a la puerta. Edén se dio la vuelta y salió a uno de los balcones. Con manos temblorosas, se apoyó en la balaustrada de piedra y miró las estrellas. La luna se reflejaba en el lago. Tomó aire y se dio cuenta de que aquella furia que había salido de la nada era la tensión acumulada. ¿Cómo iba a estar bien si la estaban chantajeando y, en cualquier momento, podía perder al hombre que quería? Debía contarle lo de Mark y Tina.

–Durante la rueda de prensa, comentaron varias veces que preferiste ganarte la vida por tu cuenta –oyó decir a Damiano a su

espalda.

–¿La prensa ya ha descubierto dónde vivía, lo de la tienda...? –preguntó descorazonada.

–Sí... ven a cenar –le aconsejó Damiano–. El esnobismo no tiene nada que ver con esto...

–¿No?

–No. Lo que me molesta es lo poco que tardaste en darle la espalda a nuestra vida, a todos los que tenían algo que ver conmigo. Si a mí me hubiera ocurrido lo mismo, yo habría hecho justo lo contrario.

Edén sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No podía ocultarle la verdad. Si su familia no la hubiera hecho la vida imposible, ella se habría quedado viviendo allí. Buscó refugio en sus brazos como un pajarillo. Aspiró su olor.

–Perdona por haberte hecho pasar tal vergüenza en la rueda de prensa...

–*Dio mio, cara*... no soy tan sensible. Después de lo de Montavia, soy de acero –contestó él mirándola–. ¡Puedo aguantar todo, a no ser que me digan que te ganabas la vida haciendo la calle!

«¿Y que tuve un tórrido romance a los pocos meses de que desaparecieras?», pensó mientras él la conducía dentro.

Capítulo 6

Quiero saber todo lo que te pasó en Montavia –murmuró Edén en tono solemne.

Damiano la observó, sentada en el borde de la piscina. Salió del agua, completamente desnudo, moreno y húmedo. Ella intentó concentrarse, pero no podía.

Era media tarde del día siguiente y, tras haber comido en la habitación, habían decidido salir de ella. A Edén le dolía el cuerpo entero por la pasión con la que hacían el amor, pero había algo más importante, estar juntos, aunque no hablaran de nada en especial. Sabía que Damiano sentía lo mismo porque ninguno de los dos quería dormirse a pesar de que estaban exhaustos.

–Lo del secuestro queda muy atrás, *cara* –dijo él secándose.

–Necesito saberlo… –insistió Edén.

Solo se oía a los grillos.

–Muy bien. Lo primero que hicieron fue matar a mi conductor delante de mis narices –comenzó Damiano de repente. Se le tensaron los músculos y los ojos se le ensombrecieron–. A mí me metieron en la parte de atrás de una furgoneta y me dieron una paliza. Rutina.

Edén sintió que se le iba el color de la cara y que le entraban ganas de vomitar.

–Pero, ¿por qué te buscaban esos soldados? ¿Qué quería esa gente de ti?

–Algún idiota creyó que secuestrándome iban a conseguir que les condonaran las deudas del anterior gobierno por arte de magia –contestó en tono de burla–. Después, alguien un poco más listo se dio cuenta de que secuestrar a un banquero no iba a dar muy buena imagen en el mundo del nuevo régimen, por no hablar de las inversiones extranjeras –Edén asintió intentando no pensar en que lo habían golpeado. Las lágrimas le abrasaban los ojos–. De repente, era un estorbo. Conseguí que no me mataran convenciendo al jefe de que tenía tanto dinero que podía pedir un rescate a mi familia y

hacerse rico –continuó.

–Y, entonces, resultaste herido otra vez…

–Cuando las fuerzas rebeldes atacaron, tiraron una granada en la celda en la que yo estaba. Cuando recobré la consciencia, estaba en una camilla en mitad de la selva. Tenía las dos piernas rotas, no me podía valer por mí mismo, y estaba temporalmente cegado por la explosión –recordó con tristeza–. Además, tenía un fuerte golpe en la cabeza. Me hice el tonto hasta que me inventé una identidad creíble para que mis rescatadores creyeran que estaba de su parte. Cuando había recuperado la movilidad suficiente como para huir por la frontera más próxima, el hospital fue arrasado por las tropas gubernamentales.

–Y no te atreviste a decir quién eras –añadió ella sintiendo la frustración que debía de haber sentido él.

–Los meses siguientes fueron los peores –admitió Damiano–. Pasé mucho tiempo aislado en celdas de castigo porque siempre estaba metido en peleas.

–¿Tú?

–Dos de los tipos que llegaron conmigo fueron asesinados por otros presos –contestó él con impaciencia–. A mí también me habrían matado si no hubiera aprendido a defenderme. En aquel momento, estaba convencido de que me iba a pasar toda la vida encerrado, así que, durante un tiempo, no me importó demasiado lo que me sucediera, pero, cuando al cabo de unos meses, nos sentenciaron por nuestros supuestos crímenes contra el Estado, me dijeron que me soltarían en un par de años.

Edén juntó las manos con fuerza, dándose cuenta de la ingenuidad con la que había pensado en cómo lo habría pasado.

–Debió de ser muy duro –murmuró. Al instante, deseó haber dicho algo menos tonto.

–Montavia me enseñó a valorar lo que tengo –contestó él agarrándola de la mano–. ¡No quiero vivir en el pasado al que he tenido la suerte de sobrevivir! Perdí mi libertad, pero no perdí nada que realmente me importara. ¡Ahora que he vuelto, estoy decidido a deshacerme de todo lo que no quiero!

Edén bajó la mirada ante aquello. ¿Qué haría cuando le contara lo de Mark y Tina? ¿A quién creería? Siempre había confiado más en su familia que en ella, ¿verdad? Se imaginó a Damiano

deshaciéndose de ella tal y como acababa de decir. Seguramente, no perdería el tiempo averiguando si era o no culpable.

No podía quitarse de la cabeza lo que le había dicho el hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Y si su amor por ella solo era una cosa temporal, una fase de transición? Nunca le había dicho que la quisiera. Sabía que se preocupaba por ella y que la deseaba físicamente, pero no era suficiente. ¿Cómo se lo tomaría si él decidiera dejarla al cabo de unas semanas? ¿No sería lo más normal cuando se enterara del supuesto romance?

–¿Qué te pasa? –preguntó él asustado por su cambio de humor.

–¡Nada! –contestó ella quitando la cara–. Estaba pensando cómo conseguiste llegar antes que yo ayer.

–Me fui de la reunión del banco antes de lo previsto –ella asintió confusa–. En cinco años, el banco ha tenido tres directores, así que los constantes cambios en la política que se debía seguir y la mala gestión han hecho que los beneficios bajen. Quieren que vuelva, a pesar de todo. De hecho, quieren que vuelva el Damiano de antes.

–Entonces... eh, ¿por qué te fuiste tan pronto de la reunión?

–Porque no quiero presiones ahora que acabo de volver. El Banco Braganzi tendrá que esperar.

Edén tragó saliva con fuerza al oír aquello que no creía que nunca oiría. Antes de desaparecer, Damiano había vivido por y para el banco, los mercados de valores y los negocios. Era un adicto al trabajo que trabajaba de doce a dieciocho horas diarias. A su pareja la veía entre citas, viajes al extranjero, reuniones de negocios y cenas, lo que ocupaba buena parte de la semana.

–Dentro de aproximadamente tres semanas, tengo otra reunión en Roma. Seguramente, mis colegas italianos comprenderán mejor lo que un hombre quiere después de no ver a su mujer durante tanto tiempo... –comentó él sonriendo divertidamente perverso.

–¿Ah, sí? –dijo Edén con el pulso acelerado. Aquella mirada suya tan sensual la hacía marearse como si fuera una adolescente.

–Sobre todo, cuando el tipo del que hablamos sabe que antes su mujer era una de las esposas más desatendidas de Londres...

–Pero solías atenderme en la cama...

–Sí, pero no conseguía llegar muy lejos, ¿verdad? Me tenías a pan y agua...

–Ya no –contestó ella viendo claramente los errores que había

cometido durante los primeros meses de su unión. Aquel hombre tan guapo con el que su mujer no quería acostarse, cuando él tenía todo el derecho del mundo… Otros no lo hubieran aguantado.

–Aquello hizo que te deseara cada día más... –rio Damiano abrazándola–. De hecho, no me importa confesar que tú y tu actitud me proporcionasteis momentos de excitación estupendos. Eso sin hablar de la noche que me di cuenta de que estabas mordiendo la almohada para no emitir ni un ruido. Supongo que no querías que creyera que te podía estar gustando...

–No... ¡Era porque tu hermana estaba en la habitación de al lado! –contestó Edén roja como un tomate.

–*Per amor di Dio*... ¿Estabas pendiente de eso? –preguntó Damiano mientras la metía en el agua color turquesa de la piscina–. Yo nunca pensé en ello. Eras una cría... y querías elegir los momentos oportunos, ¿verdad? Justo ahora que te iba a persuadir para que te quitaras el biquini e hiciéramos el amor al aire libre... –a Damiano se le quitó la expresión seductora de la cara en el preciso instante en el que oyó el batir de las aspas de un helicóptero sobre sus cabezas–. ¿Qué demonios es eso? –preguntó indignado.

–Y tú como tu madre te trajo al mundo. ¿Y si son periodistas? –murmuró nerviosa–. Sé que te encanta el riesgo, pero si Nuncio creía que las acciones de bolsa podían bajar por que te vieran en vaqueros, ¿qué pasaría si te descubrieran completamente desnudo? –los dos se quedaron boquiabiertos al ver que el aparato sobrevolaba sus cabezas y se dirigía a un lateral de la villa–. ¿Tenemos visita?

–Pequeña brujita –gimió él agarrándola de la barbilla y besándola con una fruición que hizo que ella se olvidara de helicópteros, visitas e incluso del hecho de que estaban en el agua.

Damiano la agarró del trasero y la empujó contra él para que sintiera su salvaje erección, tras lo cual dijo algo en italiano con impaciencia–. ¿Quién aparte de la familia sabía que estamos aquí?

Pasaría algún tiempo antes de que Edén supiera la contestación a esa pregunta. Damiano se vistió rápidamente en el vestuario situado junto a la piscina y ella agarró una toalla y subió a cambiarse a su habitación.

Al bajar, entró en el salón principal, una estancia grandiosa decorada como un palacio, con tapices y muebles maravillosos.

Incluso Damiano había quedado impresionado en aquella sala cuando había estado dando una vuelta por la casa el día anterior. Edén reconoció rápidamente a la pelirroja que estaba sentada sola en un sofá.

–¿Darcy? ¿Qué haces aquí sola? –se apresuró a decirle.

–Bueno, tu marido y el mío, ante la emoción del reencuentro, se han olvidado de mí. ¡Los he visto salir a la terraza con una copa! –contestó la aludida poniéndose en pie, elegantemente vestido con un vestido turquesa.

–Oh, querida... –contestó Edén mirando por la ventana a ver si los veía. No estaban.

–Me alegro tanto por vosotros –dijo Darcy agarrándola de la mano con cariño–. No podía parar de llorar cuando me enteré y Luca se moría por verlo –continuó con un brillo de disculpa en los ojos.

–Lo entiendo –contestó Edén pensando en Luca Raffacani, el banquero italiano que era el mejor amigo de su marido–. ¿Habéis traído a los niños?

–¡No, por Dios! Ya es suficiente con nosotros dos. ¡Cinco habría sido demasiado!

–¿Cinco? –Edén se dio cuenta de cuánto hacía que no se veían–. ¿Has tenido otro? Por Dios, cuánto tiempo sin vernos. Zia debe de tener ocho años y estuvimos en el bautizo de Pietro poco antes de la desaparición de Damiano –recordó.

–Tuve una niña hace dos años... Edén, eso ahora no importa –dijo Darcy preocupada–. ¿Te acuerdas de la última vez que Luca te llamó estando en Londres?

–Sí, claro que me acuerdo –contestó Edén. Tras la desaparición, siempre que Luca iba a Londres por negocios se pasaba a verla. Nuncio y Cosetta se empeñaron en estar delante cuando Luca iba y Edén nunca tuvo oportunidad de estar con él a solas.

–Bueno, Luca estaba muy disgustado por cómo te estaban tratando los hermanos de Damiano. Me dijo que el ambiente estaba envenenado –le dijo Darcy con complicidad–. Te íbamos a pedir que te vinieras a vivir con nosotros, pero no nos dio tiempo porque...

–Me fui de Londres y desaparecí yo también –apostilló Edén. ¿Hasta dónde había descubierto Luca? ¿Estaba Darcy intentando decirle que Luca le estaría contando lo mismo a Damiano?

–Luca intentó localizarte por todos los medios.

–Os lo agradezco mucho, pero me las apañé bien sola. Creo que debía asumir yo sola la desaparición de Damiano. No habría servido de nada que hubiera descargado mi tristeza sobre otras personas –contestó Edén descolgando el teléfono para pedir unos refrescos. Le temblaban las manos.

–Me parece que te estoy dando una impresión que no es –se apresuró a tranquilizarla Darcy–. Luca y yo hubiéramos querido hacer algo para que la situación no se hubiera ido de las manos.

–Hicisteis todo lo que pudisteis –¿qué situación? ¿De qué estaba hablando Darcy? Edén estaba demasiado asustada como para preguntárselo. Se tranquilizó a sí misma diciéndose que Luca Raffacani era demasiado inteligente como para revelarle cosas a Damiano que pusieran en peligro su matrimonio–. Vamos a olvidarnos del pasado. Ahora lo único que importa es que Damiano ha vuelto a casa conmigo.

–Como debe ser –se apresuró a decir Darcy–. Sé que los asuntos de casa no deben airearse, pero... ¡Oh, querida, ya estoy otra vez con el tema y mira que Luca me advirtió que no hablara de ello!

Edén se dijo que no era posible que lo de su falso romance de hacía cinco años hubiera llegado hasta Italia. ¡Se estaba obsesionando! No era posible que lo que publicó un solo periódico hubiera dado la vuelta al mundo. Sonrió.

–¿Nunca te ha pasado que, basta que te digan que no puedes hablar de algo, para que no te lo puedas quitar de la cabeza?

–Exactamente –contestó Darcy riéndose–. ¡Yo no soy nada discreta, pero Luca, sí!

Edén se quedó más tranquila ante aquella afirmación, que, por otra parte, le hizo recordar la envidia que había sentido en el pasado por el matrimonio de Luca y Darcy, dos personas muy diferentes que se complementaban a la perfección. Darcy era inocente y realista mientras que Luca era mucho más complejo y reservado. Las dos mujeres salieron a la terraza, desde la que se divisaba el maravilloso paisaje de la Toscana. Al final, se encontraron con sus maridos.

Edén estaba tensa, pero se quedó más tranquila cuando Luca la saludó con una sonrisa. Damiano la abrazó y la apretó contra su cuerpo, con lo que sus preocupaciones desaparecieron por

completo. La felicidad se reflejó en sus ojos. En el pasado, Damiano no demostraba sus sentimientos por ella en público.

Vio que Luca acariciaba los rizos de su esposa mientras Darcy lo miraba a los ojos y se dio cuenta de que Damiano la estaba mirando con curiosidad. Aquella mirada no se le borró de la memoria.

La conversación giró en torno a la villa. Damiano les explicó que su abuela, Livia Braganzi, había encargado a arquitectos e historiadores que se encargaran del proyecto de restauración.

–Tardaron cuatro años en restaurarla...

–Y solo hay duchas en los vestuarios de la piscina –apuntó Edén divertida recordando la cara de horror de su marido cuando aquella misma mañana había ido a ducharse y se había encontrado un enorme baño en el que solo había una bañera.

–Por eso, todavía hay unos cuantos arreglos que hacer. No tengo ganas de vivir como en el siglo XVIII. Tenemos piscina gracias a que *Nonna* era una excelente nadadora.

–Tu abuela os crió a tus hermanos y a ti cuando murieron tus padres, ¿verdad? –preguntó Darcy–. Encargarse de eso, además de dedicar su vida a la restauración de edificios históricos debía de ser agotador. Tuvo que ser una mujer muy activa.

Livia Braganzi había sido una intelectual extremadamente rica. Se quedó viuda joven con un solo hijo al que no dedicó ningún tiempo porque estaba más interesada en sus proyectos de restauración. Los padres de Damiano murieron en un accidente de coche cuando él tenía trece años. Una vez le había confesado a Edén que su abuela lo adoraba porque era muy inteligente. A sus hermanos les costó mucho no contar con la misma aprobación. Por eso, Damiano estaba acostumbrado a cuidar de ellos desde pequeño.

Darcy y Luca y se quedaron a cenar y luego se fueron.

–¿Por qué estabas incómoda en presencia de Luca? –le preguntó Damiano a los pocos minutos de que se hubieran ido.

Estaban sentados al atardecer, tomando café en la galería cubierta de parra.

–¿Yo? –dijo Edén poniéndose roja.

–Al principio, sí. Luego, parece que te has relajado un poco –contestó Damiano con reprobación–. No me gusta que me tenga que contar otra persona lo que me tenías que haber contado tú –para disimular el nerviosismo, Edén se puso a darle vueltas al café.

¡Estaba hablando de su supuesto romance! Sintió cómo la sangre se le helaba en las venas y el estómago se le daba la vuelta–. *Dio mio*... Le estoy muy agradecido a Luca por haber sido tan franco conmigo. ¿Por qué no me habías dicho que, en cuanto yo desaparecí, mi familia comenzó a tratarte fatal?

–Bueno... Eh, yo... –contestó ella dándose cuenta de que se había dejado llevar por el pánico demasiado pronto.

Damiano se puso en pie enfadado.

–Me ha dicho que se dio cuenta la primera vez que fue a verte. ¡Me ha contado que mi hermana te puso en evidencia ante el servicio contradiciendo las instrucciones que tú habías dado y que, de hecho, se hizo la dueña y señora cuando la casa era tuya!

–Cuando tú no estabas, siempre fue así –admitió Edén.

Damiano la miró anonadado. Se dio cuenta de que Damiano había escuchado a Luca, pero había albergado la esperanza de que no fuera cierto.

–¿Incluso antes de que yo desapareciera? –Edén suspiró y asintió–. ¡Y tú nunca dijiste nada!

–Me dijiste que tu familia era lo más importante de tu vida. Lo último que quería era hablar de tus hermanos porque tenía que vivir con ellos. Me temo que ellos creían que te ibas a casar con Annabel y no les hizo mucha gracia que te casaras conmigo.

–Por lo menos, Tina era amiga tuya...

–No si eso implicaba enfrentarse a Nuncio y a Cosetta. Tina nunca discute con Cosetta. Así consigue vivir en paz.

–Tengo entendido que mi hermano incluso dio a entender delante de Luca que tú habías tenido la culpa de que yo fuera a Montavia –comentó Damiano desesperado al ver que ni siquiera su cuñada se había portado bien con su esposa –Edén asintió por segunda vez–. ¡*Porca miseria*! –exclamó ultrajado–. ¿Cómo diablos puede mi propio hermano acusarte de una cosa tan ridícula?

–Tu hermano y tu hermana sabían que nuestro matrimonio no iba bien antes de que tú te fueras. Decían que si hubieras estado felizmente casado, habrías mandado a uno de los directivos del banco a ese viaje.

–¡*Accidenti*! –exclamó blanco de ira–. ¡Decirle eso a mi mujer cuando está sufriendo por mí es imperdonable!

–Damiano... cuando desapareciste, todos perdimos los papeles –

intentó explicarle Edén amablemente–. Vamos a ser sinceros. Yo debería haberme enfrentado a ellos mucho antes. No lo hice, dejé que me pisotearan y lo único que hice fue tener lástima de mí misma. No hice nada para cambiarlo.

–¡No intentes excusarlos! Eras mi mujer…

–Sí, pero…

–Mi mujer, la persona que habría heredado todo lo mío si me hubieran declarado oficialmente muerto. Claro, ya solo con eso era suficiente para que fueras el blanco de sus iras –dijo Damiano furioso–. ¡Perdóname por haberte echado en cara que rechazaras la ayuda monetaria de mi hermano!

–No montes en cólera por esto –dijo Edén poniéndose en pie–. Tus hermanos estaban destrozados por tu desaparición.

–*Santo cielo*… ¿Cómo he podido estar tan ciego? Yo también tuve culpa de que te trataran así.

–Ahora ya no tiene importancia –intentó tranquilizarle Edén. No iba a ser beneficioso para nadie que Damiano se enfadara tanto después de tanto tiempo–. Mientras no me pidas que vuelva a vivir con ellos, lo pasado, pasado está.

–Perdonas con demasiada facilidad, *tesoro mio*. Sin embargo, hablaré con ellos. Van a tener que darme una explicación por no haber cuidado de ti mientras yo no estaba.

–Yo no necesitaba que cuidaran de mí –protestó Edén.

Damiano la abrazó con fuerza.

–¡Me habría muerto en Montavia si hubiera sabido que mis seres más queridos te estaban haciendo la vida imposible!

–Prefiero que no remuevas ese tema. Ya hemos sufrido todos bastante. ¡Luca Raffacani hubiera hecho mejor no diciéndote nada!

–Yo le agradezco que me lo dijera porque veo que tú no tenías intención alguna de contármelo. *Dio mio*… uno necesita saber de quién se puede fiar.

Aquello hizo que Edén sintiera un escalofrío por la espalda. ¿Seguiría confiando en ella si se enterara de lo que le estaba ocultando? Se enfadó consigo misma por sentirse tan culpable. Después de todo, ¿ella qué había hecho? ¡Nada! ¿Por qué no iba a proteger su relación de todo influjo negativo? ¿Por qué iba a tener que explicarle el sórdido lío que habían montado Mark y Tina? Sabía que debía contárselo, pero lo haría cuando estuviera

preparada. ¿Y mientras tanto? Mientras tanto, decidió que aquel tema no le amargara el tiempo que pasara junto a su esposo.

–Pareces enfadada conmigo... –comentó Damiano sonriendo.

–Contigo, no; con Luca por haberte contado todo.

Damiano la agarró de la cintura y se dirigieron al interior de la casa.

–Me ha sorprendido todo esto, pero, evidentemente, lo que vio se le quedó grabado. No te preocupes, soy un hombre fuerte, *cara mia*. ¿Por qué tenemos que andar dos kilómetros para llegar a nuestra habitación? –se lamentó besándola con pasión.

Edén se aferró a él y dejó que su cuerpo reaccionara. La besaba con la misma sensualidad con la que le hacía el amor. Edén sintió fuego en el cuerpo, se le endurecieron los pechos y le temblaron los muslos. Damiano se sentó en una silla dorada, que crujió alarmantemente ante el peso de los dos.

–¡Me parece que nos vamos a deshacer de estas sillas! Prefiero la comodidad a las antigüedades –comentó riéndose.

–Uno: duchas; dos: sillas que sirvan para algo más que sentarse...

–Yo no he dicho eso –dijo él en tono de burla.

–Pero lo digo yo.

–Y sin vodka ni nada...

–Eso ha sido un golpe bajo –contestó ella poniéndose roja y dándole un puñetazo de broma en el hombro.

–No, un golpe bajo habría sido mantener la boca cerrada cinco minutos más... para ver cómo reaccionabas –contesto él sonriendo.

–Damiano...

–Pero, en lugar de eso, exploté. Eso hay que agradecérselo a Ramón Alcoverro. ¿Sabes lo que me dijo cinco minutos antes de que me fuera de Brasil?

–No... ¿Qué? –preguntó ella confundida mientras Damiano la dejaba sobre la cama.

–Que habías tenido una aventura y que me lo decía porque mi hermano no había tenido valor para hacerlo. ¡Bastardo! –contestó Damiano enfadado y añadiendo algo en italiano–. Me pasé todo el vuelo de regreso a Londres preparando el discursito de que no me importaba que hubieras estado con otros hombres. ¡Y un cuerno!

Edén cerró los ojos y recordó lo tenso que Damiano había estado al principio en el aeropuerto.

–Yo...

–*Sí*... Lo sé. Es ilógico, teniendo en cuenta que te pasaste cuatro años creyendo que eras viuda –contestó él explayándose sobre el tema que le había preocupado desde su llegada–. Pero ten en cuenta que un tipo que está encerrado como un animal no puede pensar con lógica. Te juro que te puse en un pedestal. No podría soportar que te hubieras acostado con otro... –Edén se dio la vuelta entre las sábanas. Estaba blanca de terror. Damiano suspiró y se sentó en el borde de la cama–. Si te hubiera perdido, habría sido como perder todo –confesó–. Yo confío en ti plenamente... ¡pero me asustó la posibilidad de que Ramón me estuviera diciendo la verdad!

Era el momento de contárselo todo. Evidentemente, el cotilleo había llegado hasta Brasil. Se quedó inmóvil, como una piedra.

–¿Habrías pedido el divorcio?

–Shhh... –contestó Damiano agarrándola una mano y besándole la palma–. Puede que, antes de casarnos, no respetara tus escrúpulos morales, pero, en la cárcel, me acordé de ellos todos los días.

–Ya... –contestó ella–. ¿Habrías pedido el divorcio?

–¿Por qué te preocupa ese tema?

–Solo... solo por curiosidad –murmuró en un hilo de voz.

–*Sí*... probablemente –contestó él con frustración ante su insistencia–. Por orgullo, celos y dolor. Te has enfadado, ¿verdad?

–¡No! –contestó ella dándose la vuelta.

–¿No sabes cuánto te necesito? –dijo él haciéndola volver a sus brazos y besándola sin parar–. Es la primera vez que le digo esto a una mujer...

–Tú siempre tan duro... –sonrió Edén.

Damiano la besó con pasión. Edén supo que no había hablado en el momento oportuno, pero ya que le había dicho que sí se habría divorciado de ella, no podía arriesgarse. Se prometió a sí misma contárselo antes de volver a Londres.

Más de tres semanas después, Edén estaba paseando por el bosque que rodeaba Villa Pavone. Damiano llevaba treinta y seis horas en Roma. Él le había pedido que lo acompañara, pero había dicho que no porque se habían pasado todos aquellos días y noche

juntos y no quería anclarse a él como una neurótica.

Esa vez, Damiano iba a volver. Lo sabía, pero no había pegado ojo en toda la noche porque su corazón no entendía de sentido común. Lo echaba tanto de menos que contaba las horas y los minutos que faltaban para volverlo a ver. Regresaba esa noche. La había llamado varias veces, una de ellas en mitad de la noche para decirle que no paraba de despertarse porque no estaba junto a él. Aquello le había gustado, sí, porque habría sido espantoso que durmiera plácidamente sin ella a su lado.

Damiano era más suyo que nunca. La trataba como la mujer más preciosa y maravillosa del mundo. Era como si la separación les hubiera servido a ambos para apreciar más lo que tenían y dejar a un lado el orgullo. Por supuesto, el amor también había tenido su parte. Además de la pasión insaciable que Edén ya no se molestaba en ocultar. Todos los problemas resueltos… menos uno.

Iba a necesitar valor para contarle a su marido el romance entre Mark y Tina y las locas consecuencias que había tenido sobre ella. Debía contárselo. En su paseo, se metió en el laberinto de arizónicas impenetrables. ¿Podría encontrar el centro sin el insuperable sentido de la orientación de Damiano?

–¡Edén!

Se le dibujó una enorme sonrisa al reconocer la voz. Damiano había vuelto de Roma antes de lo que ella esperaba. Se arrepintió de haberse metido en el laberinto. Perdió la compostura de la emoción y, absurdamente, se puso a gritar.

Irónicamente, en su desesperada búsqueda de la salida, se encontró en el mismísimo centro del laberinto. De la fabulosa fuente que había allí salían chorros que se mezclaban con los rayos del sol.

–¡Estoy en la fuente! –gritó sin intención alguna de confesar que había llegado allí accidentalmente.

–*Per amor di Dio*… ¡No estoy de humor para juegos estúpidos!

Aquella contestación hizo que Edén se sonrojara de desconcierto. Seguramente, estaría cansado y lo último que le apetecería hacer era recorrerse el jardín para encontrarla. A los treinta segundos, oyó las pisadas de Damiano que se adentraba en el laberinto.

–No estoy jugando a nada… es solo que pensé que tardarías tú

menos en llegar aquí que yo en encontrar la salida –se disculpó.

De repente, apareció ante ella. Se detuvo como si Edén tuviera a su alrededor un campo electrificado. La miró como nunca antes lo había hecho: con furia, burla y odio. Entonces, antes de que hablara, antes de que arrojara el recorte de periódico, Edén se dio cuenta de que había esperado demasiado para contarle la verdad…

Capítulo 7

El recorte cayó bajo la luz del sol hasta el suelo. Edén miró de refilón la fotografía del tórrido beso de Tina y Mark con tristeza.

–¡Lo que más me molesta es que me engañes! –gritó Damiano–. Has tenido la oportunidad de decirme la verdad, pero has preferido mentirme.

–No, nunca te he mentido –murmuró Edén sintiendo que le faltaba la respiración y que comenzaba a sudar–. Fue Tina la que tuvo el romance con Mark. La de la fotografía no soy yo, es Tina.

–¡*Accidenti*! No quiero oír estupideces...

–Muy bien –contestó ella enfadada–. ¿Se puede saber de dónde has sacado ese recorte?

–Me lo ha enviado alguien, no sé quién, que se preocupa por mí. Me lo trajo esta mañana un mensajero desde Londres.

Edén luchó para mantener la calma, para no perder el control.

–Probablemente haya sido Tina porque me ve como una amenaza. Prefiere verme fuera de la familia. Si te paras a pensar fríamente en este horrible asunto...

–¿Fríamente?

–Te juro que nunca he tenido nada con Mark. Ni siquiera nos hemos besado jamás. Era una amistad platónica... –Damiano la miraba fijamente, con dureza. Edén estaba atenazada por el pánico, que le impedía poner en orden sus pensamientos para contarle su versión de los hechos–. Yo no sabía que Tina y Mark estaban liados hasta que vi las fotografías en la prensa. Mark solía ir por casa a menudo tras tu desaparición. Él y Tina se llevaban bien, pero yo nunca sospeché nada... nunca me habría dado cuenta, estaba demasiado metida en mi desgracia como para fijarme en el comportamiento de los demás. Tina sugirió que fuéramos a pasar los fines de semana a la casa de Oxford. Mark trabajaba todavía allí por aquel entonces...

–Estás perdiendo el tiempo... –rugió Damiano–. En Suramérica perdí la libertad, no el cerebro.

Edén siguió hablando. Había empezado e iba a llegar hasta el final.

–Íbamos en mi coche. Tina me dijo que me vendría bien hacer algo, para distraerme, y tenía razón... entonces, yo era como una muerta viviente. Durante aquellos fines de semana, muchas veces me dejaba sola, pero nunca pensé que estuviera con Mark. Yo no era una compañía muy divertida, así que no me sorprendía que se fuera a ver a amigos suyos y se llevara mi coche... ¿Dónde vas? –jadeó cuando vio que Damiano giraba sobre los talones y se alejaba.

–Todo eso es mentira. Mark era amigo tuyo, te iba a visitar constantemente. Mark vivía en una de nuestras fincas porque tú insististe para que le diera trabajo. Te gustaba tenerlo siempre cerca. ¿Por qué diablos te casaste conmigo?

–¿Cómo te atreves a preguntarme eso? –dijo Edén saliendo de su estupor y corriendo tras él.

–No quiero seguir hablando de esto... voy a perder la cabeza –contestó él parándose, pero sin darse la vuelta.

–¡Tienes que escucharme! –exclamó Edén incrédula.

–No tengo que hacer nada... –rio él con amargura haciendo que ella se estremeciera–. Gracias por unos cuantos buenos revolcones.

–¡Date la vuelta y dímelo a la cara! –lo increpó ella.

–¿Sabes lo que realmente no iba bien en nuestro matrimonio antes de que me fuera a Montavia? –dijo girándose repentinamente.

–No –contestó ella cruzándose de brazos.

–Mark... ¡Cada vez que me daba la vuelta me encontraba con él! Estabas más unida a él que a mí. ¡Cómo no iba a tener celos!

–¿Celos?

–Sí, increíble, ¿verdad? Que yo tuviera celos de un estúpido sin escrúpulos que lo único que quería era sacar tajada de todo. ¿Crees que Mark habría sido tan buen amigo si te hubieras casado con un hombre pobre? ¡Te utilizaba como quería y yo me tenía que aguantar!

Edén se dio cuenta de que Damiano había sabido ver lo que ella no había sido capaz. Unas semanas antes lo habría defendido con uñas y dientes, pero ya había descubierto como era a raíz del chantaje.

–Supongo que cuando mi familia te dio la espalda tras mi desaparición, Mark te parecería tu único refugio. Supongo que por

eso terminaste en su cama. ¿Te diste cuenta entonces de que estabas enamorada de él? –le espetó Damiano.

Edén se quedó estupefacta ante la lógica que había empleado su marido para explicar cómo había sucumbido a aquel romance. Aquello dejaba patente que nada de lo que le había dicho había hecho mella en él.

–¡Nunca me acosté con Mark! ¡Te juro que nunca lo hice! –exclamó.

Damiano la miró con dureza, se dio la vuelta y se fue. Edén se quedó bajo el sol abrasador, quieta, sin saber qué hacer.

Se dio cuenta de que se había metido en un buen lío. ¡Damiano siempre había tenido celos de su relación con Mark! Tenía tantos celos que había creído que su amistad con Mark había puesto en peligro su matrimonio. Las circunstancias se habían aliado de manera terrible para construir un escenario que a Damiano le parecía de lo más creíble. Se había creído que, tras su desaparición, su mujer se había refugiado en brazos de Mark buscando algo más que amistad.

Con el vestido pegado a la piel del sudor, Edén corrió por el jardín con el corazón en la boca. Todavía tenía que subir dos largas escalinatas de piedra que daban acceso a la terraza trasera de la villa. Entró en la casa, mareada del esfuerzo y temerosa de que Damiano se hubiera ido.

Al verlo en la biblioteca, se quedó en el quicio de la puerta, agotada, intentando recobrar el aliento.

–Fuera –le dijo él no muy convencido.

–No me voy a ir hasta que me dejes defenderme.

–¿Defenderte? ¿A quién pretendes engañar? ¿Te crees que no sé que todo el mundo, menos yo, sabía que habías tenido una aventura?

–¡Nunca he tenido una aventura! –protestó furiosa.

–Ahora entiendo por qué Nuncio no te llevó a Brasil. Ahora entiendo por qué te quitaste mi apellido y te escondiste. Estabas avergonzada...

–¡No, simplemente estaba harta de tu familia y de todo aquel estúpido embrollo en el que me había metido! Cuando la prensa dijo que yo era la mujer de la fotografía, me tuve que enfrentar a una decisión muy difícil –contestó ella desesperada entrando en la

estancia–. Si decía la verdad, que aquella mujer era Tina, destrozaría su matrimonio, así que ella me pidió que no hablara...

–Dime, ¿cuánto tiempo has tardado en inventarte todo este cuento en el que tú eres la única víctima y todos los miembros de mi familia son de lo más malvados? –le espetó él.

–Tina me advirtió que sería culpa mía si su romance con Mark salía a la luz y, en cierta forma, tenía razón –admitió Edén.

–¿Qué quieres decir?

–¡Que no habría habido historia si aquel fotógrafo no hubiera creído que la mujer que estaba besando a Mark era yo! Yo era la elegida para saltar a la fama por ser la mujer de un famoso banquero cuya desaparición había levantado un increíble revuelo. ¡Eso era lo que me hacía blanco de la prensa y lo que hacía que mi supuesta infidelidad fuera noticia!

–¿No pretenderás que me crea que alguien tan remilgado como tú se dejara tachar de adúltera por el bien de Tina? –preguntó Damiano pasando con grandes zancadas junto a ella hacia la escalera.

–¡Muy bien, lo que hice fue una gran estupidez, pero deberías conocerme mejor! –contestó Edén corriendo tras él–. Creía que habías muerto. ¡Ya tenía yo bastante con lo mío como para, además, hacer que Tina perdiera a Nuncio!

–¡Basta ya! –exclamó Damiano deteniéndose con los puños apretados–. ¿Es que no tienes dignidad?

–¿Te he mentido alguna vez?

Se miraron. El ambiente estaba tenso. Edén vio en los ojos de Damiano el terrible dolor que él intentaba ocultar.

Edén se estremeció. Vio que, por fin, había dicho algo que le había llegado dentro, algo que estaba considerando.

Reinaba el más profundo de los silencios.

–Nunca tuviste ningún motivo para mentirme –contestó él con ferocidad.

Edén se deshinchó como si la hubiera pegado. Sintió que perdía el color.

–Y tú nunca te has fiado de mí –murmuró sorprendida ante el descubrimiento–. Evidentemente, nunca has confiado en mí. ¿Qué he hecho yo para merecer eso? –Damiano no contestó–. Hace cinco años, me lo escondías todo –dijo ella dolida–. No tenía ni idea de

que no te gustaba Mark. Nunca supe, hasta ahora, con lo que me estaba enfrentando –continuó con un nudo en la garganta–. No tengo ninguna prueba de mi inocencia, así que supongo que se acabó, ¿verdad? –preguntó alejándose por el pasillo hacia su dormitorio.

–¿Qué quieres decir? ¿Cómo que se acabó? –se apresuró Damiano agarrándola de la muñeca.

–¿Pues qué va a ser? –contestó Edén soltándose con un movimiento brusco. Tenía el mentón levantado a pesar de que temblaba como una hoja y las lágrimas le rodaban por las mejillas.

–¡No permitiré que me dejes!

–Pero… –protestó. Había creído que era él quien daba todo por terminado.

–Si me dices la verdad, intentaré olvidarme de todo esto –propuso Damiano. Edén no contestó–. La verdad –insistió Damiano.

–No me creerías.

–Podría creer que no llegaste a acostarte con él –concedió él entre dientes malinterpretando lo que había dicho Edén.

–No sabes qué creer, ¿verdad? Muy bien. Lo único que yo puedo hacer es contarte el resto de la historia. Tina y yo estuvimos hablando de esto en Londres. Me advirtió que estaba dispuesta a mentir para protegerse… y Mark solo dirá la verdad a cambio de dinero.

–¿Cómo?

–Me dijo que se pondría de parte de Tina y mentiría igual si no le daba dinero. Mark me está chantajeando, Damiano –explicó Edén.

Edén entró en la habitación y cerró la puerta antes de que él la siguiera. Se sintió mejor en mitad de todo aquel horror. Por fin, le había contado la verdad completa. Dos minutos después, se dio cuenta de su error. No debería haber hablado nunca del chantaje. ¡Era lo que faltaba para convencer a Damiano de su culpabilidad!

Capítulo 8

Edén se quedó escuchando el silencio. Damiano no entró en la habitación.

Completamente mareada y débil, se arrojó en la cama y estuvo llorando hasta que se quedó sin lágrimas. Exhausta y acalorada, se quedó allí intentando dilucidar qué hacer.

¿Debía sentirse halagada por que Damiano la quisiera tanto que estuviera dispuesto a olvidar una infidelidad? Lo que sí le había quedado claro era lo poco que había conocido a su marido antes de su desaparición. ¿Damiano celoso de Mark? Era como si nunca hubiera estado muy seguro de que Edén lo quisiera. ¿Por qué?

Mientras intentaba encontrar una respuesta y luchaba para no rastrear la casa entera para ver si él seguía allí, se quedó dormida. Cuando abrió los ojos, la habitación estaba en penumbra y se le había pasado aquel extraño mareo. Se dio la vuelta y se sorprendió de lo que vio.

Damiano estaba sentado junto a ella. Estaba en una silla, con la camisa abierta y la corbata desanudada. Vio que tenía un vaso de brandy en las manos y que la miraba intensamente.

–¿Qué? –preguntó nerviosa.

Damiano suspiró y se echó hacia atrás.

–Quiero oír eso del chantaje.

Edén se quedó pálida.

–Le... le di el dinero.

–¿Qué? –rugió como un león.

Edén tragó saliva y se sentó.

–Me amenazó con ponerse del de Tina. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo habrías reaccionado si te hubieran ido con esa historia nada más llegar? Quería tener tiempo para estar contigo... no quería que todo se estropeara...

–¿Te das cuenta de que te estás hundiendo tú sola cada vez que abres la boca?

–Pero te estoy diciendo la verdad –insistió Edén–. Tenía miedo

del daño que nos podía hacer Mark si se aliaba con Tina, así que le di todo el dinero que tenía en el banco…

–¿Cuánto? –murmuró sentándose en el borde de la cama.

Tras morderse el labio, se rindió.

–Creí que nuestro matrimonio lo valía.

–Es una excusa muy original para ceder ante un chantajista. Te pidió el dinero el mismo día que venías aquí, ¿verdad? –Edén asintió–. ¡Bastardo!

–Lo siento… ¡Siento todo esto! –sollozó Edén hundiendo la cara entre las almohadas.

–Consuélate pensando que, cuando haya aclarado todo esto, va a haber algunos que lo van a sentir más que tú –continuó Damiano haciéndole más preguntas sobre Mark. Edén sabía el número de su móvil, pero no tenía su dirección ni sabía exactamente dónde estaba la finca donde trabajaba.

–Nunca me acosté con Mark –dijo al oír que se levantaba–. Nunca habría podido acostarme con nadie que no fueras tú.

–Eso no parece muy cierto, *cara mia*. Tal y como me recibiste, con el episodio del vodka y todo eso, lo único que puedo pensar es que te sentías culpable.

–Muy bien… piensa eso si quieres –contestó ella con rencor–. Piensa que soy culpable. ¡Sinceramente, me parece que ya he pagado bastante por algo que no he hecho! – Damiano no contestó. Se limitó a quitarse la camisa y a desabrocharse los pantalones–. ¿Qué estás haciendo?

–Desvestirme para meterme en la cama…

–¡No pienses que vas a dormir conmigo! –arguyó Edén, atónita–. No te crees lo que te digo de Mark, así que ya te puedes ir buscando otro sitio para dormir –Damiano terminó de desvestirse. Edén recapacitó y recordó que, años atrás, dormir separados los había alejado terriblemente–. Bueno, puedes dormir aquí.

–*Grazie*.

–Entonces, ¿no has pensado en divorciarte de mí? –le preguntó ya con las luces apagadas.

–No, pero probablemente tu vida va a ser un infierno hasta que logre aclarar todo esto.

–¿Me estás amenazando?

–Te estoy advirtiendo.

Edén lloró en la oscuridad. No la creía. No iba a creer nunca que no lo había traicionado con Mark.

De repente, sintió las manos de Damiano en la cintura.

–Te sigo deseando, *cara*.

–Pero...

–Tú también me deseas. Puede que el amor fuese falso, pero el sexo es real –aquello le dolió terriblemente, pero se dio cuenta de que él estaba horriblemente herido también por todo lo ocurrido y se culpó por ello. Se sentía tan desdichada que no creyó que pudiera responder. Para su sorpresa, su cuerpo reaccionó con una intensidad desconocida cuando él la besó–. Eres mi mujer...

La escalada de deseo fue en aumento hasta que, de repente, Damiano se apartó, masculló algo en italiano y se fue al baño. Edén se encontró sentada en la cama, encendió la luz y oyó la ducha.

Se puso la bata y se sentó en la silla que antes ocupara él. Minutos después, Damiano salió del baño con una toalla enrollada en la cintura.

–Lo siento. Creía que iba a poder hacer como si nada, pero no puedo. No puedo hacerte el amor con esta furia que llevo dentro. Podría herirte –dijo sin mirarla yendo hacia el vestidor.

Edén lo oyó abrir cajones y hablar por teléfono en italiano. Aquello era el fin. Eran las once de la noche. Se había ido de la cama y se estaba vistiendo.

Se levantó y fue hacia la puerta del vestidor, pero se paró porque él seguía hablando por teléfono. Volvió a la habitación. Había dicho toda la verdad y él no la había creído, pero había ocultado magistralmente su dolor. Se dio cuenta, queriéndolo más que nunca, de que lo estaba pasando todavía peor que ella.

–Me voy a Londres... –anunció al salir del vestidor.

–Déjame ir contigo... por favor –le rogó.

–Necesito tiempo. Es mejor que no vengas conmigo. Necesito estar solo.

–Como Greta Garbo... –murmuró sin poder evitarlo.

–¡*Accidenti*! ¿Te crees que estoy huyendo? –dijo furioso–. Me voy por tu bien. Si me quedara, seguramente destruiría lo que tenemos y no quiero que eso suceda, así que dame tiempo.

Edén asintió y miró hacia otro lado.

–Te quiero...

–Pues no lo parece –se hizo un terrible silencio–. He comprado otra casa de campo en Inglaterra... era una sorpresa. Puedes irte allí.

–Tú te vas a la casa de la ciudad –asumió ella sintiéndose como si le dieran una patada. Aquello era una separación en toda regla.

–No, me voy a un piso que tiene el banco.

Mucho después de que Damiano se hubiera ido, Edén seguía sentada en la habitación. Se sentía vacía. ¿Sería aquello el final de la etapa de transición de la que le había hablado el consejero?

Recapacitó y se dio cuenta de que, si fuera Damiano, se mostraría igual de furiosa e incrédula.

Cuarenta y ocho horas después, Edén se fue a Londres en avión y, desde allí, la llevaron a Greyscott Hall.

Era una mansión isabelina preciosa situada en mitad de un bosque. Damiano la había llamado dos veces desde que había vuelto a Londres, pero los diálogos tan impersonales que habían tenido no le habían servido de gran ayuda. Al entrar en la casa y percibir el aroma de las rosas, pensó que, si Damiano no hubiera querido que su matrimonio se arreglara, no se habría molestado en alojarla allí.

Damiano le había dicho por teléfono que estaba seguro de que le iba a encantar porque era muy acogedora.

Ningún Braganzi, acostumbrados todos a casas fabulosas, se habría parado nunca ante una casa acogedora. Damiano había insistido en que quería que Greyscott Hall fuera la casa de sus sueños.

El ama de llaves le mostró la casa. A pesar de su tristeza, le encantó. Notó que Damiano se había tomado su tiempo en decorarla.

–Tengo entendido que le gusta a usted mucho coser –le dijo la mujer. Edén no pudo reprimir las lágrimas al entrar en una habitación que había sido especialmente acondicionada para ello. Había de todo, incluso un telar antiguo. Obviamente, Damiano se había acordado de que, cinco años atrás, ella solía refugiarse en la costura.

Edén se acercó a la ventana e intentó recobrar la compostura. Realmente, se había molestado en que todo estuviera a su gusto. Lo

que estaba destinado a haberla sorprendido y agradado, le produjo un inmenso sentimiento de pérdida.

Todo lo que estaba viendo había sido dispuesto antes de que Damiano hubiera recibido el recorte de prensa.

No sabía si lo volvería a ver. Sería mucho más fácil dejar todo en manos de los abogados. Se preguntó qué habrían significado para él aquellas maravillosas semanas en Villa Pavone. Seguramente, tras cuatro años y medio en prisión, lo único que había buscado era descanso y sexo.

Se quitó aquel pensamiento que la ahogaba de la cabeza y abrió una puerta. Era una habitación infantil. De repente, se dio cuenta de que no había tomado la píldora anticonceptiva desde que Damiano había vuelto. Dándole vueltas a aquello, bajó a la parte de abajo para tomarse un té.

Al sentarse, sacó la agenda para verificar fechas. Otro de aquellos terribles mareos le hizo levantar la cabeza y tomar aire. Se dio cuenta de que hacía una semana que los tenía y, al mirar las fechas, vio que se le había retrasado el período.

¡Podía estar embarazada! ¿Cómo se sentiría Damiano ante aquello? Debía saberlo. Se apresuró a llamar al médico.

Después de comer, fue a Londres a la consulta de uno de los médicos de la familia Braganzi. Rezó mientras le hacían las pruebas. Veinte minutos después, entró en la limusina conmocionada y como en las nubes.

De hecho, no volvió a poner los pies en la tierra hasta que no se metió en la cama aquella noche, sola, en Greyscott Hall. Se preguntó cómo reaccionaría Damiano al enterarse de que iba a tener un hijo. Sintió deseos de llamarlo y decírselo para que volviera, pero no lo hizo. Cinco años atrás, decirle que quería tener un hijo había sido horrible. Seguramente, no querría que lo tuviera.

Todo apuntaba a algo humillante: Damiano no la quería. Si la hubiera querido, se lo habría dicho alguna vez. Nunca olvidó cómo Annabel, a instancias de Cosetta, se había pavoneado ante ella con el collar que tenía una inscripción de amor de Damiano.

Al día siguiente por la tarde, Edén estaba de rodillas en la habitación infantil con un par de catálogos de papeles de pared que había ido a buscar aquella misma mañana. Estaba decidiendo qué quedaría mejor, los conejitos o los ositos. Oyó pisadas y creyó que

era el ama de llaves.

–¿Qué le parece?

–Me encantan los ositos, con esos ojos de borracho... –contestó Damiano–. ¿Qué hacen los conejitos saltando vallas como si fueran ovejas?

Edén se quedó de piedra.

Capítulo 9

Edén se apresuró a cerrar los catálogos.

–No te esperaba –dijo sin rodeos.

–¿Es que ahora tengo que pedir hora?

–Por supuesto que no –contestó ella sin darse cuenta, en su preocupación porque le preguntara qué hacía viendo catálogos de papeles infantiles, de que le estaba tendiendo la mano para ayudarla a levantarse–. ¿Cuándo has llegado?

–Hace casi una hora. Esperaba encontrarme contigo antes.

Edén tradujo que no había tenido ninguna prisa por buscarla después de tres días sin verse. Se le encogió el corazón.

–Para ser sincero, he estado pensando… mucho. He estado intentando dilucidar qué te iba a decir y me temo que no he llegado a ninguna conclusión.

–Vamos abajo –apuntó Edén muerta de miedo. Estaba segura de que le iba a decir que quería el divorcio.

Pensó que decirle que estaba embarazada no iba a ser fácil. No le iba a hacer ninguna ilusión, pero seguro que disimularía para no hacerla daño. Sintió un gran nudo en la garganta.

Una vez en el salón, Edén fue a pedir café y, al volver, se encontró a Damiano cerca de la chimenea.

–Es irónico pensar que esta es realmente nuestra primera casa. La de la ciudad, la verdad, es que no cuenta.

Edén pensó que lo verdaderamente irónico era que no la iban a compartir.

–¿Vas a vender Villa Pavone?

–Ni se me ha pasado por la cabeza, pero he pensado abrirla al público en honor a mi abuela.

Llamaron a la puerta. Era el café. Edén se esforzó en servirlo lentamente porque le temblaban las manos.

–*Grazie*… –contestó él volviendo junto a la chimenea–. ¿Te gusta la casa?

–Es muy bonita. Me encantó el cuarto de costura. Me pareció

una idea preciosa.

Damiano se quedó mirando fijamente su café. Edén lo observó y se dio cuenta de que tenía dificultades para agarrar la taza con firmeza.

–Siento mucho lo que ocurrió en Italia... –dijo repentinamente tomándola por sorpresa.

–No pasa nada –contestó ella viendo que el tema del divorcio era inminente.

–Sí, sí que pasa. No debí reaccionar así. Te debo una explicación.

Edén se levantó y se fue hacia un ventanal. No quería explicaciones. Sabía perfectamente lo que pensaba Damiano. No era tonta. Él quería dar una oportunidad a su matrimonio, pero la posibilidad de que ella hubiera tenido una aventura había tirado por tierra sus propósitos.

–Cuando vi el recorte de prensa, tuve que hacer frente a mi mayor temor y reconozco que no reaccioné bien.

–Lo entiendo.

–Lo dudo... Edén lo miró confusa–. Me imaginé lo peor porque supuse que era lo que me merecía. Estaba demasiado enfadado como para pensar con claridad –confesó–. Incluso cuando era un marido horrible hace cinco años, incluso cuando tenía celos infundados, en lo más hondo de mi corazón sabía que tú eras la mujer más sincera y honesta del mundo.

–¿De... de verdad? –preguntó Edén sorprendida.

–Por supuesto que sí. Debería haber aceptado tu palabra de que no habías tenido nada que ver con Mark Anstey.

Edén lo miró a los ojos y vio que lo estaba diciendo de corazón. Sintió el mayor alivio de su vida, se apartó de la ventana y se sentó.

–Me gustaría decirte que llegué a esa conclusión sin ayuda, pero no es verdad. Me las arreglé para comprar el carrete entero –continuó él sacando unas fotografías del bolsillo de la chaqueta.

–No tenía ni idea de que hubiera más de una –apuntó ella mirando una fotografía en la que se veía claramente a Tina saliendo de su coche–. ¡Claro, al periódico solo le interesaba una, la del beso, pero la cara de la mujer daba igual!

–Ya he puesto este asunto en manos de mis abogados. ¿Podrás perdonarme? Te lo suplico –dijo Damiano acercándose a ella y

abrazándola. Edén sintió que la pesadilla había terminado. Sonrió al sentir su erección–. *Sí*... Te he echado tanto de menos. ¿Podríamos seguir con esta conversación arriba, *cara mia*?

Edén hizo como si se lo tuviera que pensar y él aprovechó para besarla. Corrieron escaleras arriba e hicieron el amor con devoción, tras lo cual se quedaron abrazados hablando.

–He hablado con Mark, por cierto –dijo Damiano.

–¿Ah, sí?

–No te volverá a molestar... –sonrió.

–¿Qué pasó?

–Me devolvió el dinero y no te volverá a chantajear.

–¿Y eso?

–Le pegué –confesó–. Te había hecho daño. ¡Puede dar gracias de que no le hiciera nada más!

Edén nunca había aprobado la violencia, pero no le dio tiempo a contestar porque sonó el teléfono interno.

–Bajamos dentro de diez minutos –contestó Damiano tenso.

–¿Quién es?

–Nuncio y Cosetta están abajo –dijo Damiano.

–No le digas lo de Tina.

–Ya veremos –contestó molesto–. Tal vez, tú quieras cubrir a Tina, pero yo, no. De cualquier modo, mi familia se estaba portando mal contigo ya antes de lo de la foto. Espero que Nuncio no haya venido a traernos problemas.

Bajaron juntos al salón, donde se encontraron a la familia al completo: Nuncio, Cosetta y Tina. Edén tuvo que reprimir una carcajada al oír suspirar a su marido al verlos.

Capítulo 10

Queremos hablar contigo en privado, Damiano –dijo Cosetta poniéndose en pie.

–Edén es mi esposa y se queda.

–Edén y yo podríamos ir a dar un paseo –intervino Tina–. ¿Qué te parece, Edén?

–No, gracias.

Tina se sentó y Nuncio comenzó a hablar en italiano a su hermano.

–Prefiero que hablemos en inglés –lo interrumpió Damiano.

–Me resulta muy difícil hablar de esto delante de Edén –protestó Nuncio.

–Pues será mejor que lo superes porque no me pienso ir –dijo la aludida. Se habían acabado los días de dejarse pisotear por la familia de su marido.

–Vamos, por Dios –exclamó Cosetta impaciente–. Tanto secreto ya ha llegado demasiado lejos. ¡Annabel ha sido tonta por no decir nada, así que nosotros hemos venido para dejar las cosas claras por ella!

–¿Qué es lo que hay que dejar claro en nombre de Annabel? –preguntó Edén sorprendida. ¿Qué tenía que ver allí Annabel Stavely?

–Queríamos que Annabel viniera a Brasil con nosotros... Annabel y su hijo, Peter –contestó Nuncio mirando a su hermano–. Se lo propusimos, pero se puso histérica...

–No me extraña, tiene su orgullo. ¡Como mujer, yo tampoco estaría dispuesta a hacer el primer movimiento! –intervino Cosetta en defensa de su mejor amiga.

–¿De qué diablos estáis hablando? –dijo Damiano secamente.

–Annabel tiene un hijo, Damiano...

–¿Y?

–Annabel nos dijo que tú y ella estuvisteis juntos poco antes de tu viaje a Montavia –contestó Cosetta sonriendo triunfal a Edén, que

estaba atónita–. No nos sorprendió en absoluto, pero la pobre no nos lo dijo hasta que tu mujer se fue de la casa. Para entonces, estaba de cinco meses y, como su padre se había arruinado, necesitaba nuestra ayuda...

–Cuando la va a necesitar realmente es cuando se encuentre en un juicio acusada de difamación –explotó Damiano–. ¿Cómo os atrevéis a venir a mi casa con estas? ¡El hijo de Annabel no es mío!

Edén dudó por un momento, pero, cuando se miraron a los ojos y vio en los de su marido que estaba indignado verdaderamente, se dio cuenta de su sinceridad.

–Una historia muy bonita, Cosetta –intervino Edén–. ¡No hay quién se la crea!

–¡Annabel nos dijo que Peter era hijo de Damiano! –gritó Cosetta.

Ante la brutalidad de la negativa de su hermano mayor, Nuncio se calló.

–Desde que Damiano ha vuelto, Annabel no ha parado de insistir para que no dijéramos nada, Cosetta. Te dije que no me gustaba cómo se estaba comportando...

–Eso es porque ella quería que Damiano se sintiera libre para elegir entre ella y Edén. ¡Annabel no me mentiría! –se defendió su hermana desesperadamente.

–Me parece que te has olvidado de que tu hermano hizo su elección cuando se casó conmigo –contestó Edén–, y ya va siendo hora de que esta familia lo acepte. Si no podéis, dejadnos en paz.

–Yo lo podría haber dicho mejor –dijo Damiano abrazando con fuerza a su mujer–. Desde luego, Annabel os ha engañado como a unos tontos. Cuando todo el mundo creía que yo estaba muerto y Edén se había ido de la casa familiar, apareció ella con su melodramática historia, ¿no es así?

–Sí... –admitió Nuncio.

–Os dijo que el niño era mío. ¿Alguien se molestó en dudarlo? –preguntó Damiano enfadado–. Disteis por hecho que era mío, simplemente porque os lo dijo ella, daba igual que yo estuviera casado...

–Annabel nos dijo que ibas a pedir el divorcio –dijo Nuncio.

–Annabel nos dijo, Annabel nos dijo –rugió Damiano–. Que su padre se arruinara debió de ser terrible porque a Annabel le gusta

vivir muy bien. ¿Nuncio, cómo no fuiste capaz de ver que dos y dos son cuatro? ¿Cuánto dinero le has dado todos estos años?

–¡No me puedo creer que hiciera todo eso por dinero! ¿Cómo me ha podido hacer esto? –sollozó Cosetta yendo hacía la ventana.

–Tú la utilizabas a ella para hacerme daño –le recordó Edén– y ella te utilizó para seguir vinculada a Damiano.

–Yo solo quise mirar por tus intereses –murmuró Nuncio.

–¿Cómo? ¿Haciendo daño a mi esposa cuando peor lo estaba pasando? No veo que eso sea mirar por mis intereses –vociferó Damiano haciendo que su hermano retrocediera.

–No me parece justo echarle la culpa a Nuncio –intervino Tina–. Ninguno de nosotros hemos querido decírtelo, pero Edén tuvo un romance con otro hombre y eso no nos gustó.

–Tina... –dijo Damiano con furia. No le dio tiempo a continuar porque Cosetta se aproximó con las fotos en la mano.

–¡Maldita mentirosa! –gritó furiosa arrojando el sobre–. ¡Fuiste tú la que tuvo la aventura con Mark Anstey y nos has estado mintiendo todo este tiempo!

Nuncio agarró las fotos mientras Cosetta seguía insultando a su cuñada.

–Podéis iros con esta discusión a otra parte –dijo Damiano abriéndoles la puerta de la calle de par en par–. ¡Fuera!

Nada más irse, Damiano dio instrucciones al servicio para que nadie los molestara. Edén se moría de sueño y su marido se dio cuenta.

–Todo esto ha sido demasiado, *cara*... –le dijo mientras iban a su habitación.

Edén intentó no pensar más en lo que había ocurrido.

–Cuando me conociste...

–Aquello fue amor a primera vista –dijo Damiano.

–Repítelo –le pidió atónita.

–Después de dejar a Annabel porque descubrí que no tenía reparos en acostarse con otros hombres, creí que era el hombre más frío del mundo, que no me interesaban las mujeres, pero, cuando te vi, sentí un tremendo escalofrío –confesó con una sonrisa de lo más sensual.

–No me lo puedo creer.

–Sí. Me enamoré de ti hasta la médula y no me podía creer que

tú me amaras, pero no quisieras acostarte conmigo. Para mí, amor y sexo se convirtieron en algo indivisible.

–No sabía que te sentías inseguro por culpa mía –dijo ella acariciándole la mandíbula–. Parecías tan seguro de ti mismo...

–No, era un arrogante, dilo, no pasa nada. No me podía creer que una virgen estuviera enamorada de mí...

–Aquel tema me ponía muy nerviosa... me habría ayudado mucho saber que me querías. Tu hermana me habló de Annabel y, cuando la conocí, creí que, efectivamente, te habías casado conmigo por despecho.

–Tú y yo estuvimos saliendo solo una semana. Con ella estuve dos años y nunca puse una fecha para casarnos –le aclaró Damiano–. Te quiero, te quiero mucho. No habría podido aguantar volver a Inglaterra y que tú no me hubieras esperado.

Edén dejó caer la cabeza sobre su pecho y escuchó el latir de su corazón.

–¿Qué te parecería tener un hijo?

–Maravilloso.

–Bien. ¿Te has dado cuenta de que llevo un tiempo sin tomar la píldora? –preguntó Edén levantando la cabeza para ver su reacción.

–Yo tampoco he tomado precauciones...

–Pues, entonces, vas a ser padre –le informó Edén.

–¿De verdad?

–Estoy embarazada.

–¡Es estupendo!

Un año y un mes después, Nuncio y Tina se habían divorciado y Mark estaba en la cárcel por robar a los propietarios de la finca en la que trabajaba. Annabel se había casado con un anciano, que murió dejándola viuda y rica, así que pudo devolverle a Nuncio todo el dinero que le había estafado.

Los hermanos se reunieron en Villa Pavone para celebrar el bautizo de Nicholo y Chiara, los mellizos de Edén y Damiano, quienes habían renovado sus votos de matrimonio hacía pocos meses.

–¿Eres feliz, *cara mia*?

–¡Absolutamente! –contestó Edén.

Damiano miró orgulloso a sus hijos y entregó a su esposa un regalo mientras abría una botella de champán.

Edén la abrió y él se apresuró a sacar de la caja un fabuloso collar de zafiros y diamantes y a mostrarle la inscripción.

«Para la única mujer a la que he querido, Damiano».

Edén lo leyó y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Te adoro, *tesoro mio* –murmuró Damiano poniéndoselo.

–Yo adoro que no pares de repetírmelo –contestó ella mirándolo a los ojos y derritiéndose entre sus brazos–. Yo también te quiero.